

13 P-028-7 33

Núm. 117

COMEDIA FAMOSA. 26

# EL MAESTRO DE ALEJANDRO. - 7 -

## DE DON FERNANDO ZARATE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

- |                          |                       |                             |                                 |
|--------------------------|-----------------------|-----------------------------|---------------------------------|
| <i>Alejandro.</i>        | ⊕ <i>El Mariscal.</i> | ⊕ <i>Aristóteles.</i>       | ⊕ <i>Un Alcalde, y músicos.</i> |
| <i>Tabaco, Gracioso.</i> | ⊕ <i>El Rey.</i>      | ⊕ <i>Julia, Princesa.</i>   | ⊕ <i>Octavia.</i>               |
| <i>Elena.</i>            | ⊕ <i>Lidoro.</i>      | ⊕ <i>El infante Camilo.</i> | ⊕ <i>Una Dama.</i>              |

### ACTO PRIMERO.



*Sale Lidoro y músicos.*

*Lid.* EL gran Príncipe Alejandro se levanta ahora: suenan los instrumentos: cantad al sucesor del Oriente.

*Sale con ostentacion Alejandro, y criados, que le dan de vestir, y cantan los músicos, y sale Tabaco.*

*Mús.* De los luceros de Octavia, negros arpones de amor, sale quejándose el alba, de que se oponen al sol.

*Alej.* Qué mucho, si mi albedrío esa deidad sujeta?

*Ay Octavia! Proseguid: la espada.*

*Lid.* Bien le sonó.

*Mús.* Por entendimiento alumbran, que como deidades son, tiran al alma derechos los rayos de dos en dos.

*Alej.* Mi espíritu le dirá, pues de esas luces vivió. La espada, proseguid. *Tab.* Bueno: yo llevo á linda ocasion.

*Mús.* De sus mismas claridades vista cobró el ciego Dios, que va por la voluntad las luces de su favor.

*Sale al paño Aristóteles con barba venerable.*

*Aris.* Por Maestro de Alejandro del Rey elegido estoy,

peligro corre la ciencia donde falta la razon.

Quiero mirar desde aquí este Príncipe (el mayor que tiene el Orbe) la luz que su espíritu sacó.

*Alej.* Denlos cuatro mil ducados por el tono, letra, y voz.

*Un Músico.* Gran Príncipe!

*Otro Músico.* Es Alejandro, que no hay mas ponderacion.

*Arist.* Por cantar un tono da un señor como señor, claro está; pero si diera al pobre lo que les dió á los músicos, no dudo que fuera el tono mejor; qué no hay voz que sea divina, si la caridad faltó.

*Alej.* Lidoro amigo, no oiste en alabanza de Octavia?

*Lid.* Como la compuse yo, no me toca la alabanza.

*Alej.* Toma este diamante. *Lid.* Son las Musas que me inspiraron, deidades de tu valor.

*Arist.* El premiar á los ingenios es de un Príncipe blason. Si lo escribió el poeta, (que pocos escriben hoy) es egemplar, que los versos, que enseñan con atencion

NEA-1611570

NA 10882 12

á enamorar, no merecen,  
ni lauro, ni estimacion.  
Los que enseñan á vivir  
con virtud alabo yo,  
porque aquestos son escritos  
á la luz de la razon,  
y aquellos á la deliciosa:  
y se distinguen los dos,  
en que los unos son cuerdos,  
y los otros no lo son;  
pero el mundo está de suerte,  
que se premia lo peor.

*Alej.* Es publico, que yo adoro  
á Octavia? *Lid.* Gran Señor,  
y no hay ninguno que diga,  
que por gala, y discrecion,  
aunque no hubiera nacido  
primogénito del sol,  
que no merece de Octavia  
(dejo aparte tu valor)  
la celestial hermosura.

*Alej.* Aunque fue mi inclinacion  
por hijo de Marte, siempre  
aquel encendido ardor  
de la guerra, mi albedrío.  
Octavia sola rindió.

*Lid.* Pues no basta tu grandeza  
para abrasarse de amor  
la diosa de la hermosura?

*Arist.* Ha lisonja! Quien te dió  
entrada en el alma, puso  
á gran peligro su honor.  
Qué dulcemente se encanta  
á la voz de este Arion  
un Príncipe divertido!  
Con la verdad le engañó.  
Que es galan, dice Lidoro,  
al Príncipe, y no mintió:  
pero sirve su lisonja  
de capa á la adulacion;  
y verdades con lisonja,  
ni lo han sido, ni lo son,  
pues llevan para no serlo  
el engaño, y la ambicion;  
esta, mentira con alma,  
y aquel, fábula con voz.

*Alej.* Tabaco. *Tab.* Señor. *Alej.* Por qué  
estando aqui no has llegado?

*Tab.* Señor, como estaba dado  
á las musas no llegué.

*Alej.* Haces versos? *Tab.* Cual, y cual.

*Alej.* Son cómicos? *Tab.* Señor, si,  
soy poeta frenesí  
con locura virginal.

*Alej.* Viste á Octavia? *Tab.* Vi su mancha  
discrecion, gala, y belleza

en esta pintura. *Alej.* Empieza.  
*Tab.* Al vivo la pinto, escucha:  
Salió Octavia, y salió el sol,  
y asiéndote del cabello,  
por quitarme allá esas luces,  
puso el dia como nuevo.  
Pues qué diré de los ojos?  
Es locura hablar en ellos,  
pues teniendo esclavos blancos  
se servian de los negros.  
Mirados á buena luz,  
con linda estrella nacieron,  
pues las niñas cada noche  
se echan á dormir con ellos.  
Las cejas negras, en blanco  
vistieron el terciopelo,  
y sobre nieve salian  
las pestañas de los cielos.  
Un clavel enano andaba  
por su boca tan risueño,  
que dió de mano á la boca  
con el alba, cuando menos.  
Como está el Príncipe, dijo;  
respondí; su mal no entiendo,  
en no viéndote está malo,  
pero en viéndote está bueno.  
Rióse con señorío,  
quiero decir, con dos reinos,  
porque la boca partía  
con la risa los imperios.  
Qué mal tiene, replicó?  
Respondíle á lo discreto:  
Señora, de mal de Octavia  
pienso que se está muriendo.  
Enterneciése, y llevando  
á los ojos el lienzo,  
(que cuando lloran las damas  
se enriquecen los pañuelos)  
le comunicó al cambray  
á solas su sentimiento,  
con que al nevado cendal,  
bien á costa de su dueño,  
le vino como nacido  
de perlas este secreto.  
Ha Señor! Si la miraras  
esparcir sobre su cuello,  
en dos partes dividido  
el cabello, y sin ase:  
volar luces por el aire:  
á bajar á su elemento.  
Yo muchos pelos he visto,  
pero tan largo, y tan bello  
no espero verle jamás:  
y si tú le ves, sospecho,  
que te llevan aquel dia,  
si tienes entendimiento,

asido de voluntad,  
al cielo por un caballo.  
Dijome: dile á Alejandro,  
que el Rey su Padre ha dispuesto  
darle á la Princesa Julia  
por esposa, que el decreto  
bajó ahora, segun dicen,  
del solio de su consejo:  
que ya le verá esta tarde,  
si me concediere el tiempo  
vida, para que se diga  
la gravedad de mis zelos.  
No pudo pasar de aquí,  
porque se asomaron luego  
al blanco de las pestañas  
unos pedazos de cielo,  
tan bellos, y tan hermosos,  
que dijeron los luceros,  
que son plateros del sol,  
mirándolos muy atentos,  
que con ser perlas tan niñas,  
que no las hallaban precio.

*Arist.* Bien esté necio ha pintado  
en sus amorosos versos  
á Octavia, de ingenio son,  
pero es visioso el ingenio.  
Qué doctrina sacará  
este engañado manco  
desta pintura amorosa?  
Animar vivos incendios  
al amor; turbar el juicio,  
dañar el entendimiento,  
y destruir por un gusto  
los reinos y los imperios.  
Mucho pudiera decir  
en razon de los ingenios,  
pero pase por cordura  
lo que se deja en silencio,  
que no faltará ocasion  
para decirlo á su tiempo.  
Salgamos á reprimir  
juveniles desaciertos,  
que los discípulos viven  
en cuanto dura el maestro.  
Alejandro, Gran Señor?

*Sile Aristóteles.*

*Arist.* Ya, Aristóteles, culpaba  
vuestra ausencia. *Arist.* Si tardaba  
el deseo, no el amor,  
y es facil el argumento;  
porque si la imagea vive  
en aquel que la recibe  
por luz del entendimiento:  
y vos en mi pecho estais  
por lealtad, y por amor,  
cuando no os veo, Señor,

en el alma os retratais.  
Y es discurso prevenido,  
y muy conforme á razon,  
el ver por el corazon,  
y no ver por el sentido.  
*Alej.* Quedamos solos? *Tab.* No dura  
la dicha con el agravio:  
mil ducados este sabio  
me quita de mi pintura.

*Vase, y quedan solos.*

*Alej.* Aristóteles. *Arist.* Señor.

*Alej.* Pues por sabio consejero  
os tiene mi padre, y yo  
por amigo, y por maestro,  
fuerza será que me deis,  
como quien sois un consejo.

*Arist.* Señor, el peligro está  
en acertar con el bueno,  
que dar consejo es muy facil;  
y por mas difícil tengo  
el admitirlo, que el darlo:  
porque si el sabio mas diestro  
le da contra la opinion  
del que le pide, sabemos  
que se pone á dos peligros:  
uno, á disgustar el dueño;  
y otro, á disgustarse á sí;  
y es desgracia del sugeto,  
que aplicando un defensivo,  
para dar vida al enfermo,  
le desprecian la triaca,  
y le apliquen el veneno.

*Alej.* Bien sabeis cuanto os estimo.  
*Arist.* Y vos sabeis lo que os quiero:  
pero el gusto de un señor  
es delicado instrumento.  
Si os habeis de disgustar  
del consejo, y de su dueño,  
miradlo bien, porque yo  
he de decir lo que siento.  
Y porque templeis la ira,  
si os disgustare, primero  
este aviso quiero daros.  
El consejo es un espejo  
del sabio, miraos en él;  
y sino os parece bueno,  
porque os hace mala cara,  
el que le dejais apruebo;  
pero no le quebreis,  
que el qué tiene a'gun defecto  
en la vista, cuando mira  
al cielo claro y sereno  
con ser espejo del mundo,  
le parece bien el cielo;  
mas siempre le deja sano  
dentro del entendimiento.

¿Heme declarado? *Alej.* Sí.  
*Arist.* Pues decid. *Alej.* Estadme atento:

Ya sabéis que fui inclinado,  
de mi heroico nacimiento,  
á la guerra, y que segun  
me inspira Júpiter regio,  
me anima mi corazón,  
me califica mi esfuerzo,  
y mi valor se acredita  
con los vitales alientos.  
Es poco ganar un mundo,  
yo juzgo que el universo  
á mi grandeza, no hay duda,  
le habrá de venir estrecho,  
porque segun mi valor,  
para que viva contento,  
ó se ha de ensanchar el orbe,  
ó se ha de hacer otro nuevo,  
porque este que está criado,  
es para mí muy pequeño.

*Arist.* No paseis mas adelante.

Este militar aliento,  
es propio de vuestra sangre;  
pero lo que os aconsejo,  
que conserveis, si ganais,  
que el conquistar los imperios,  
mas consiste en la fortuna,  
que en la fuerza, el mantenerlos  
en justicia es el blason  
imperial del vencimiento,  
por ser mejor no ganarlos,  
que ganarlos, y perderlos.

*Alej.* Es verdad; pero decidme,  
quién dirá que esta ardimiento  
hélico, á questo valor,  
y este espíritu soberbio  
se ha sujetado al amor?

*Arist.* Qu'en lo ha de decir? Los mismos  
que os hicieron, esos Dioses  
que están en el firmamento.  
Venus os da su calor.

Luego amor infunde Venus?

*Alej.* Yo adoro á Octavia, mas ella  
que viene á verme sospecho,  
y podrá impedir: - *Arist.* Oídme:  
El águila nueva, el vuelo  
que da primero, es salir  
á gozar de su elemento.  
El padre la va guiando,  
y la llama desde lejos,  
porque no pierda de vista  
del dichoso nido el cerco.  
Enamórase del sol,  
echase en sus rayos bellos,  
y calándose las plumas  
sobre la esfera del viento,

por introducirse rayo,  
toca la region del fuego.  
Llámalala el padre, mas ella  
por agotar el lucero,  
ó no vuelve, ó vuelve tarde  
á su verdadero centro.

Aguila nueva salís  
del ámbito del gobierno.  
Yo como padre os aviso,  
y os llamo con el consejo,  
el sol de Octavia mirais,  
sus rayos os tienen ciego,  
siguiendo su estrella vais,  
llamaros es perder tiempo.  
En cuanto privan los rayos,  
no se admiten los conceptos;  
si volviéredes al nido,  
aquí teneis el maestro;  
si allí está la voluntad,  
aquí está el entendimiento,  
ó cegaos de todo punto,  
ó no me pidáis consejo,  
que un espíritu no informa,  
cuando está sin vida un cuerpo.

*Alej.* Un oráculo de Apolo  
por maestro me dió el cielo;  
pero donde reíva amor  
el sabio no tiene imperio.

*Sale Octavia con un pañuelo en los ojos,  
y Elena.*

Octavia, mi bien? *Oct.* Señor?

*Alej.* Vos con llanto? Qué pesar  
pudo el cielo disgustar?

Quién ha eclipsado el amor?

Mi bien, qué os ha sucedido?

*Oct.* Lo que es fuerza que sepais.

*Alej.* Por qué, Señora, llorais?

*Oct.* Señor, porque os he perdido.

*Alej.* Siendo mi amor inmortal,  
perderme á mí no es posible.

*Oct.* Ser vuestra es imposible.

*Alej.* Qué decís? *Oct.* Estoy mortal!

*Alej.* Quién se me puede oponer?

*Oct.* El ser yo tan desdichada.

*Alej.* No hay desdicha, siendo amada;  
vuestro soy, y lo he de ser;

quien os disgusta? *Oct.* Un rigor.

*Alej.* Quién le fulmina? *Oct.* Un pesar.

*Alej.* De dónde nace? *Oct.* De amar.

*Alej.* Quién lo ejecuta? *Oct.* Un traidor.

*Alej.* Contra quién? *Oct.* Contra mí fe.

*Alej.* La causa? *Oct.* Quereros bien.

*Alej.* Tengo yo la culpa? *Oct.* No.

*Alej.* Sabéis el autor? *Oct.* Sí sé.

*Alej.* Pues habládme claramente:  
sepa yo, divina Octavia,

quien os ofende, y me agravia.  
 Oct. Escuchadme atentamente:  
 Principe, y Señor, querer  
 con finezas, y suspiros,  
 referirós que os adoro,  
 que os idolatro, que vivo,  
 en fe del amor que os tengo,  
 que os debo dulces carños,  
 que anteponeis á la vida  
 los riesgos, y los peligros,  
 será escusado, supuesto,  
 que entre dos que se han querido,  
 cualquier encarecimiento  
 es hipérbolo sucinto.  
 Dejo á parte las finezas,  
 paso por los peregrinos  
 frivores, con que me honrais,  
 supongo los albedríos  
 en sola una voluntad,  
 no alabo los siempre vivos  
 afectos de nuestro amor,  
 que no es tiempo, dueño mio,  
 de traer á la memoria  
 pundonores tan divinos;  
 cuando está el honor pidiendo  
 remedio contra el peligro.  
 Habrá seis horas, Señor,  
 (con qué pesares lo digo!  
 con qué dolores lo siento!  
 y con qué penas lo explico!)  
 que el capitán de la guardia,  
 de parte del Rey Filipo  
 vuestro padre, á quien los Dioses  
 concedan de vida un siglo,  
 llegó á mi cuarto con seis  
 capitanes escogidos  
 de la guardia Macedonia,  
 y con secreto me dijo,  
 que entráse en una carroza,  
 que me esperaba en el circo,  
 sin que diése de mi ausencia,  
 ni de mi pérdida indicio.  
 Obedecíle turbada,  
 sin poder dárse aviso,  
 por estar todos los pasos  
 cerrados con los ministros.  
 Entré en la carroza, y dando,  
 con el secreto debido,  
 el capitán á su gente  
 todo el orden por escrito,  
 los pegajos voladores,  
 ligero parto del Nilo,  
 en menos de media hora,  
 á la puerta de un castillo  
 me pusieron rodeada  
 de cien soldados Gelinos.

Por el fuerte Mauseolo  
 entré, cuyo obscuro sitio,  
 al bajar un caracol,  
 de la muerte retorcido,  
 entendí que me llevaban  
 al sepulcro del abismo.  
 Salí á una cuadra, Señor,  
 cuyo dorico edificio,  
 con un trono autorizaba  
 la magestad de su sitio.  
 Sentados en él estaban  
 Numancio, Fabio, y Lisipo,  
 Sártrapas de Macedonia,  
 y á su lado Federico,  
 de la casa de mi padre  
 sangriento, y vil enemigo.  
 Aquí, dijo en altas voces,  
 viene Octavia de Utelino,  
 duquesa, y de Macedonia  
 hermosísimo prodigio:  
 segunda Elena de Grecia,  
 pues tiene al Principe invicto  
 Alejandro, y sucesor  
 de nuestro sacro Filipo,  
 tan prendado, que desprecia  
 el sugeto peregrino  
 de Julia, hermosa princesa  
 de los Imperios de Egipto.  
 La desigualdad es grande,  
 y si el Principe, vencido  
 de su belleza, se casa,  
 que es ignorancia decirlo,  
 con Octavia, nuestro Imperio  
 será escándalo nocivo  
 de las gentes, y el remedio  
 mas eficaz, y preciso  
 es, que muera Octavia: aquí  
 los jueces vengativos  
 me ordenaron, que dijese,  
 si estaba por vos rendido  
 mi corazon, ó si vos  
 violentabais mi albedrío.  
 Yo entonces: (Aquí, Señor,  
 os pretendo agradecido,  
 os invoco generoso,  
 y os aclamo compasivo.)  
 Yo entonces, digo, llevada  
 de lo mucho que os estimo,  
 dije: Sártrapas de Grecia,  
 y de su Imperio ministros;  
 no solo quiero, idolatro,  
 adoro, pretendo, sigo  
 firme, amante, enamorada  
 á Alejandro; pero digo,  
 que los tormentos de Tebas,  
 las prisiones de Cayto,

los cautiverios de Persia,  
 las penas de los Asirios,  
 los incendios de Caldea,  
 y de Grecia los martirios,  
 no serán todos bastantes  
 á sacar del pecho mio  
 al Príncipe á quien venero  
 por amante, por benigno,  
 por esposo, por señor,  
 de potencias y sentidos.  
 No hube formado, Señor  
 el último acento fino,  
 cuando salió de una cuadra  
 un riguroso ministro  
 con un alfange en la mano,  
 cubierto el rostro atrevido.  
 Ejecuta, dijo Fabio,  
 presidente vengativo  
 de aquel tirano consejo,  
 nuestro decreto; en los siglos  
 no quede memoria, no,  
 de ese hermoso basilisco.  
 En este dolor, en este  
 impensado torbellino  
 de males, se turbó todo  
 este organizado vidrio,  
 latió con sacudencias  
 el material edificio.  
 A eclipse tocó la vista,  
 á ruinas los sentidos,  
 á delirios las potencias,  
 y los delirios á juicio.  
 Adónde estás, Alejandro?  
 Dije, con tiernos gemidos:  
 por ti muero, dulce dueño,  
 por ti me matan, bien mio,  
 y en las aras de tu amor  
 el alma te sacrifico.  
 Aquí llegaba mi afecto,  
 cuando de un culto retiro  
 salió, que cubierto estaba  
 de un rojo volante Syrio;  
 salió el monarca mayor,  
 que veneraron los siglos,  
 (vuestro padre) á quien el orbe  
 aclama el justo Filipo.  
 Entre justiciero, y pio,  
 asiéndome de la mano,  
 (favor que anubló el suplicio)  
 a estas breves razones,  
 con rostro grave me dijo:  
 Duquesa, este horrible amago  
 de la muerte que habeis visto,  
 es de mi justicia un rasgo,  
 y de vuestra ruina aviso.

La princesa Julia, esposa  
 es del Príncipe mi hijo,  
 vos estorbais estas bodas,  
 contra el mandamiento mio.  
 El amor que le tenéis,  
 es conocido delirio;  
 el que os tiene, vanidad  
 de su juventud, y el vicio.  
 Tomad estado, duquesa,  
 á vuestra sangre debido:  
 yo os daré esposo tan noble,  
 que iguale al blason antiguo  
 de vuestra casa: Alejandro,  
 de Julia ha de ser marido.  
 Si pretendéis el laurel,  
 sino cesa este cariño,  
 si al Príncipe no olvidais,  
 si dais á su amor oídos,  
 esta sentencia, este horror,  
 este amago, este castigo,  
 que solo tira á la enmienda,  
 y no ejecuta el suplicio,  
 por vida de mi corona,  
 y de Alejandro, en quien miro  
 la sucesion deste Imperio,  
 que sea en vos un prodigio  
 de la muerte, un desengaño  
 de la hermosura del siglo,  
 sepultando vuestra casa,  
 vida, estado y señorío,  
 en las sombras de la muerte,  
 ó en los reinos del olvido.  
 Esto dijo, y con el orden  
 secreto, guarda y estilo  
 que me llevaron, volví  
 á palacio á dar aviso  
 á vuestra Alteza, Señor,  
 por quien muero, y por quien vivo.  
 Y supuesto que los hados:  
 (O quien no hubiera nacido,  
 para articular ahora  
 este riguroso arbitrio!)  
 Supuesto, digo, que el cielo,  
 (no sé, mi bien, lo que digo)  
 que los inmortales Dioses,  
 de su solio cristatino,  
 ordenan, quieren, decretan,  
 mandan (tiemblo en decirlo!)  
 que os goce Julia (qué horror!)  
 que os pierda yo (qué martirio!)  
 que me dejéis (qué pesar!)  
 que me olvidéis (qué delirio!)  
 Viva la voz en el pecho,  
 y muerta en el alma el brio,  
 os pido, os suplico, os ruego,

si con vos han merecido  
 tantos años de finezas,  
 tantos dias de cariños,  
 que ameis á Julia, Señora,  
 que os rindais á su albedrío,  
 que su belleza adoreis:  
 vuestro amor fué como el lirio,  
 flor que nace por ser  
 de las flores el martirio.  
 Julia os merece, Señor;  
 ella es princesa de Egipto,  
 dichosa, y yo desdichada;  
 segura, y yo con peligro.  
 Halle gracia en vuestros ojos,  
 y yo en los vuestros retiros,  
 ella prive, y caiga yo;  
 ella os goce, y yo lo lloro,  
 halle premio, y yo castigo.  
 Ella nació para amaros,  
 no deis disgusto á Filipo  
 vuestro padre, ni altereis  
 aquestos reinos unidos.  
 Lo que fue ya pasó:  
 ya no será lo que ha sido,  
 llévase el mar lo llorado,  
 el Eubonie los suspiros,  
 el céfiro los requiebro,  
 y el olvido los cariños.  
 Mi bien, mi señor, mi amante,  
 todo el tiempo lo ha vencido,  
 casaos con Julia, Señor,  
 que yo sola sin alivio,  
 sin alma, sin vida, muerta,  
 sin amparo, sin auxilio,  
 perseguida, desdichada,  
 antes que os vea, bien mio,  
 arrullar con otros brazos,  
 asistir en otro nido,  
 viviendo otra voluntad,  
 y seguir de otro destino,  
 daré mi vida á la muerte,  
 para que digan los siglos,  
 para que publique el orbe,  
 para que sienta el abismo,  
 la mas infeliz tragedia,  
 el mas extraño prodigio,  
 que vieron desde los cielos,  
 astros, planetas y signos.  
*Alej.* En todo el gusto ofendido,  
 en toda el alma agraviado,  
 con justa causa admirado,  
 y con mayor suspendido  
 quedo, si des haberte oido;  
 y sobre el dolor tirano  
 el mas cruel, el mas vano,

el mas ingrato tambien,  
 es decirme tú, mi bien,  
 que á Julia le dé la mano.  
 Todo lo que no es vivir  
 de tu amor, es ofender  
 la gravedad de mi ser,  
 y es condenarme á morir.  
 El Rey no ha de permitir,  
 con cesareo señorio,  
 violentar el gusto mio,  
 dedicado á tu belleza,  
 que la suprema grandeza  
 no se opona al albedrío.  
 Por los Dioses soberanos,  
 que aunque supiera perder  
 la vida. *Oct.* No, dueño mio,  
 muchos años la goceis;  
 mejor es que yo la pierda  
 por adoraros, pues es  
 el mayor blason quereros,  
 y el morir por vos despues.  
 Casaos con Julia, Señor,  
 pues asi lo quiere el Rey  
 tenga la razon su esfera,  
 la magestad su desel,  
 su pundonor la corona,  
 su cumplimiento la ley,  
 el estado su lugar,  
 y su decoro el laurel:  
 muera yo por infeliz.  
*Alej.* Vos me aconsejais, mi bien,  
 que os pierda? *El.* *lienzo en los oj s.*  
*Oct.* Sí. *Alej.* Vos decís,  
 que á la princesa le dé  
 la mano de esposa? cuando  
 habeis de ser mi muger?  
 vos son llanto me pedís,  
 que á otra dama quiera bien?  
*Oct.* Sí, porque si de otra manera  
 sé, gran Señor, que os perdeis.  
*Alej.* Piérdase la vida, acabe  
 la grandeza, y el poder;  
 mejor es, que no escuchar,  
 que con lágrimas llegueis  
 á decirme, que me case  
 con otra, si os quiero bien,  
 con llanto pedis mi muerte.  
*Oct.* La vida os pidó con él,  
 y la razon es muy clara,  
 si la quereis entender.  
*Alej.* De qué forma? *Oct.* No habeis visto  
 cuando la tierra tal vez  
 está rebelde en casarte  
 con el mas florido mes,  
 que como es su amante el cielo,  
 solo al cielo quiero bien,

y que porque no peligré,  
y pierda la hermosa tez,  
el cielo (de compasivo)  
le va alhagando cortés,  
y que con llanto la ruega,  
que no se venga á perder?  
Pues así yo, dulce dueño,  
porque con Julia os caseis,  
viendo que rebelde estais,  
por ser conmigo fiel,  
despido aqueste rocío,  
cuyo nevado tropel  
de lágrimas, derramadas  
en favor de vuestra fe,  
os conserven la grandeza,  
y os afirman el poder:  
porque no hay en el mundo,  
ni nunca lo pudo haber,  
remedio mas eficaz  
para abundar de una vez  
los humanos corazones,  
que lágrimas de mi ger. *Sale Tabaco.*

*Tab.* Señor, que viene tu padre.

*Alej.* Qué dices? *Tab.* Que viene el Rey.

*Elen.* Con él viene la Princesa.

*Alej.* Mi bien, yo os veré despues.

*Oct.* Está bien, el cielo os guarde.

*Alej.* Yo, duquesa, dispondré.

*Oct.* Qué, Señor?

*Alej.* Ser vuestro esposo.

*Oct.* Miradlo, Señor, mas bien.

*Alej.* Qué he de mirar, dueño mio,  
cuando el alma me teneis?

*Oct.* Dichosa yo, que merezco  
tan sublimada merced.

Oís, Señor? *Alej.* Qué mandais?

*Oct.* Qué en fin mi esposo sereis?

*Alej.* Duquesa, el alma:— *Tab.* Acabemos,  
que viene triunfando el Rey.

*Elen.* Y á su lado la Princesa.

*Oct.* Dios te guarde. *vase.*

*Alej.* A Dios, mi bien. *vase.*

*Tab.* Oves, Elena? *Elen.* Qué quieres?  
No me puedo detener.

*Tab.* En gran peligro estamos.

*Elen.* Tabaco, dime, por qué?

*Tab.* Amiga, si se desubre,  
(como suele suceder)  
que los dos habemos sido  
del hábito de pequé-  
terceros, nos han de dar  
doscientos en el embés.

*Elen.* Yo, hermano, nunca he llevado  
un papel, ni otro papel  
á mi ama, ni á tu amo.

*Tab.* Ama mia, yo no sé

sino que de noche andais  
con el hábito en los pies  
de tercera. *Elen.* Quedo, quedo,  
el jardin vos le teneis  
cultivado á puro embuste.

*Tab.* Yo el jardinero seré,  
mas vos ingeris las plantas.

*Elen.* Mentís, infame.

*Tab.* Está bien:

no es hagais luego de pencas,  
cuando con ella os den.

*Fanse, y salen el Rey Filipo, la Princesa Julia, el Infante Camilo, y Aristóteles.*

*Rey.* Vuestra Alteza, gran Señora,  
me diga su sentimiento.

*Princ.* Vuestro claro entendimiento,  
mi justa queja no ignora.

A casarme, gran Señor,  
con el Principe he venido,  
y es desaire conocido

de mi grandeza y valor,  
que heredando, como heredo  
por mi padre Julio César,

el ser Princesa de Egipto,  
heroico blason de Alfredo,  
hallé al Principe pretendido,

con amor tan peregrino,  
de la duquesa Utelino,  
objeto de mi cuidado.

Siu dar estado, Señor,

á la duquesa, seria  
pener la soberanía

de mi esclarecido honor  
á peligro de adquirir

un disgusto de por vida,  
y á ser zelosa homicida  
la magestad del vivir.

Y supuesto que la accion  
es en mí naturaleza,

y que la misma grandeza  
justifica mi pasion:

déme Vuestra Magestad  
licencia para partirme,

á donde el honor confirme  
su imperiosa gravedad:

que mas quiero padecer  
duelo en el desprecio mio,

que un zeloso desvario,  
cometa de mi poder:

que es oprobio conocido,  
y no menos declarado,

venir á tomar estado  
con esposo divertido.

Que la ley del pundonor  
con decoro establecida,

manda, que toda la vida  
viva con solo un amor.  
Y si Alejandro porfia  
en querer bien á esta dama,  
viviendo de agena llama,  
y moriendo de la mia,  
no me está bien adorar  
á quien no me ha de querer,  
que adorar, y aborrecer,  
es necesidad singular.

Y así Vuestra Magestad  
apague este incendio griego,  
ó cácese Octavia luego,  
ó se me dé libertad.

Que mas quiero generosa,  
por conservar mi blason,  
morir sin esta pasion,  
que vivir, y estar zelosa.

*Rey.* Princesa, ya he prevenido,  
para este daño presente,  
el remedio conveniente;  
ya Octavia tiene marido.

El Infante de Sidon  
*Camilo* del Rey de Tiro  
hijo, cuyo ingenio admiro,  
por su rara discrecion,  
esposo será de Octavia.

*Aristóteles?* *Arist.* Señor?

*Rey.* Da la eleccion, qué sentís?

*Arist.* Acertada es la eleccion  
si vuestra rara prudencia  
la egecuta sin rixor:  
llamo sin rigor, mirando  
con los ojos de la nion  
el tiempo mas conveniente  
debido á la execucion:  
porque hay tiempo en que no logra  
la justicia, por veoz,  
por activa, y rigurosa,  
el alma de la razon.

*Rey.* Vos sois el primer ministro  
de mi consejo: vos sois  
mi mayor privanza: sea  
vuestro parecer el sol  
desta amorosa tormenta.

*Arist.* Camilo viene, Señor,  
ofrecidle por esposa  
á la Duquesa, que yo  
os diré mi pensamiento:  
luego hablaremos los dos.

*Sale el Infante Camilo.*

*Rey.* Infante, seais bien venido,  
que ya os culpaba mi amor.  
Cómo os ha ido en la caza?

*Inf.* Del bosque de Macedonia  
vengo, Señor, á rendiros

las gracias del superior  
afecto con que tratáis,  
quien para servir nació  
vuestra superior grandeza.

*Rey.* Camilo, obligado estoy  
á los muchos beneficios,  
que de Tiro, y de Sidon  
he recibido, y pretendo  
(por debida obligacion)  
casaros hoy de mi mano.  
La Duquesa Octavia, es hoy  
de la casa de Utelino,  
(saugre mia) nuevo sol:  
esta merecéis, Camilo,  
por su rara discrecion,  
por su hermosura, y por ser  
de Macedonia blason,  
ser vuestra esposa.

*Inf.* Qué escucho! *ap.*

cuando adorando estoy,  
sin que este secreto sepa  
etro que mi corazon.  
Señor, por merced tan grande,  
á vuestras plantas estoy,  
anteponiendo el afecto,  
á lo que pueda la voz  
articular, y pues llega  
á decir el corazon,  
lo que ha tenido el silencio,  
á la Duquesa adoró  
el alma por simpatia  
de las esrellas, que son  
inteligencias, que imponen  
leyes á la inclinacion,  
preceptos al albedrío,  
y finezas al amor.

*Rey.* Dos bodas celebrará  
Macedonia con honor,  
la vuestra, y la de Alejandro.

*Princ.* Quien sin ventura nació,  
tarde su fortuna logra.

*Arist.* Octavia viene, Señor,  
conviene que la deis parte  
deste concierto, que yo  
diré lo que me dictare  
la lealtad, y la razon. *Sale Octavia.*

*Rey.* Octavia? *Oct.* Señor?

*Rey.* No puede  
humano poder violar  
el decreto singular  
de los dioses, porque excede  
aquel impulso divino  
á nuestra misma pasion.  
El Infante de Sidon  
por esposo peregrino  
os ofrece mi grandezat

estimad vuestra ventura.

*Princ.* Merece vuestra hermosura esta superior Alteza.

*Inf.* Y será inmortal en mi este lazo superior, como lo ha sido mi amor.

*Oct.* Qué desgraciada que fuí! *ap.*

Cielos, qué escucho! al Infante por esposo me ofreceis?

*Rey.* Sí, Octavia, vos mereceis tener tan dichoso amante.

*Princ.* Qué decís?

*Oct.* Que fue mi estrella alma del afecto mio, pues impone á mi albedrío leyes para merecerle.

(Ay de mí!) *Rey.* Bien se conoce, Octavia, vuestra cordura.

*Princ.* La nobleza se asegura cuando el honor reconoce.

*Rey.* Grecia á un tiempo ha de lograr dos casamientos, Duquesa, el de Julia la Princesa, y el vuestro. *Arist.* Si á egecutar se llegan los dos, primero se case con el Infante

la Duquesa, que á un amante sirve de norte el lucero que idolatra, y si se vé en otra esfera eclipsado, lo que fue vivo cuidado es desmayo de su fe.

Case Octavia, gran Señor, primero con el Infante; este arbitrio es importante.

*Rey.* Está bien. *Oct.* Sirva el dolor de apresurar á la vida la muerte, pues la deseo.

*Rey.* Logróse nuestro deseo. *Princ.* Su pasión es conocida.

*Inf.* Haga de mi dicha alarde el corazón venturoso.

*Princ.* El Infante es vuestro esposo.

*Oct.* Qué desdicha! El cielo os guarde.

*Vanse todos, y queda Octavia.*

Aquí dió fin mi esperanza, aquí mi vida acabó, aquí murió mi deseo, y cesó mi pretension.

Era mia, claro está que habia de morir en flor. *Sale Alej.*

*Alej.* Mi bien, Duquesa, qué es esto?

Sospecho, que el Rey salió desta cuadra: hubo consulta en agravio de mi amor?

Qué ordenó mi padre? *Oct.* Cielos,

matadme, no viva yo; porque no es justo que viva quien sin ventura nació!

*Alej.* Qué decís? *Oct.* Qué he de decir, querido dueño, y señor, sino que con el Infante mi desdicha me casó!

*Alej.* Quién lo ordenó?

*Oct.* Vuestro padre.

*Alej.* Es vana su pretension, no es posible. *Oct.* No es posible!

*Alej.* No, mi bien, viviendo yo; morirá el Infante, y cuantos se opusieren con rigor á impedir nuestro deseo.

*Oct.* Prive, Señor, la razon. Oponeros al decoro

de vuestro padre, y señor, ni lo permite el decoro, ni lo consiente el pundonor.

El casar con la Princesa es debida obligacion, por quien es, y porque el cielo así, mi bien, lo ordenó.

Revocar este decreto no es posible. *Alej.* Qué rigor! quereis que me case? *Oct.* Sí.

*Alej.* Gustáis que me case? *Oct.* No.

*Alej.* Declaradme aqueste enigma.

*Oct.* El alma lo declaró.

No habeis visto, que tal vez, al castigar con rigor la malrastra á un niño tierno, articula con la voz el nombre de madre, siendo, por redimir el dolor, ó malicia de la boca, ó arbitrio del corazón?

Pues así yo como veo, que en esta costosa union corre peligro la vida, digo, que os caseis, Señor; pero qué viene á importar en tan penosa ocasion, que la boca diga sí, si el alma dice que no?

*Alej.* Duquesa, y pretendéis que muera, decidme vos que le dé á Julia la mano, para que diga mi amor, viendo que vuestro cariño en olvido se volvió: para qué es, amor tirano, tanta flecha, y tanto sol? Y duplicando los ruegos, repira de nuevo yo;

tanta munición de rayos,  
y tanto severo harpon?  
Volved, señora, á la aljaba,  
pues veis que muerto estoy.

*Oct.* Si reparais, dueño mio,  
en mi zelosa pasión,  
yo podré decir, notando  
de la Princesa el rigor,  
de vuestro padre el poder,  
(pues son contra mi opinion : )  
para quien no se defiende,  
bastaba fuerza menor.

*Alej.* Y yo qué diré, mi bien,  
oyendo con tierna voz  
decir á lo que venero,  
(como á deidad superior)  
que la deje, y que me case?  
Esto dice quien amó?  
Esto escucha quien adora?  
Pues en esta ocasion,  
en esta horrible sentencia,  
(que mi estrella fulminó)  
no bastaba de unos ojos  
el venenoso rigor,  
sino flechas de buen aire,  
y rayos de condición?

*Oct.* Que decís, Príncipe invicto?  
asi agravais mi valor?  
asi castigais mi fe?  
y asi negais el amor,  
que se debe por derecho  
á fe que nunca mintió?  
Yo no amaros? qué locura!  
Yo faltaros? qué dolor!  
Vivir sia vos? qué ignorancia!  
Olvidares? qué traicion!  
Sino olvida quien bien ama,  
cómo puedo olvidar yo?

*Alej.* Pues por qué, hermosa Duquesa,  
me pedís con llanto vos,  
que case con la Princesa?  
Por qué irritais mi valor?  
Por qué despreciáis mi afecto,  
y mi firme inclinacion,  
sabiendo, que vuestros ojos  
mi culpa, y disculpa son?  
y que fueron sus dos luces,  
en competencia del sol,  
dulcísimo laberinto,  
del que en ellos se perdió?

*Oct.* Por qué, mi bien, porque en esta  
atrevida oposicion,  
en esta adversa fortuna,  
aunque muera mi opinion,  
aunque lo sienta mi fama,  
y lo murmure mi honor,

dulcemente apetecida  
idolatra una pasión,  
y como por ella muera,  
os ruego, que ameís, Señor,  
por esposa á la Princesa,  
aunque os engañe la voz,  
que no es pequeña locura,  
pues no la disculpa amor.

*Alej.* Antes moriré primero,  
que le dé la mano yo.

*Oct.* Rayos en nublado arroja  
vuestro padre. *Alej.* No observé  
mi albedrío entre las leyes  
severas del ciego Dios,  
del enojado planeta  
la dura constelacion.

*Oct.* Pues mirad, que nos anuncia  
desde la estrella menor,  
hasta el lucero mas grave,  
severa disposicion.

*Alej.* De las injurias del tiempo  
si recatando me voy,  
ya anticipa su prudencia  
advertida prevencion.

Y vos de mi vida impulso,  
que con negros rayos, dos  
hacéis al sol y la luna  
afrentosa emulacion.

No temais, aunque se oponga  
el consejo superior  
de Grecia á nuestros amores,  
que he de casarme con vos.

*Oct.* Pues disponed de mi vida.

*Alej.* Esa idolatra mi amor.

*Oct.* La vuestra es el sol de la mia,  
y luz de mi corazon.

*Alej.* Airosísimo peligro.

*Oct.* Querido esposo y señor.

*Alej.* Menosprecio de la vida.

*Oct.* Alma de la estimacion.

*Alej.* Permitid que las cadenas,  
que tan puro amor forjó.

*Oct.* Ni se las atreva el tiempo,  
ni la desesperacion.

## ACTO SEGUNDO.

*Salen Octavia y Elena.*

*Elen.* Hasta cuando, gran señora,  
el llanto te ha de durar?

*Deje un poco de imitar  
al alba tu hermosa aurora.*

*Oct.* Estas, que destila y llora,  
lágrimas del alma son,  
Elena con la pasión  
de mi encierro verdadero,

lucos que alumbran primero  
mi difunto corazón.

Ojos, llorad, pues que vais  
aquesta noche á morir:  
para qué quereis vivir,  
si tan mal os empleáis?  
Si con el Infante dais  
la muerte á todo un amor,  
vestid de negro al dolor,  
que en este precepto justo,  
siempre el casar á disgusto,  
ha sido el luto mayor.

*Elen* Con el Infante esta noche  
te has de casar. *Sale Tabaco.*

*Tab.* Dónde voy?  
está la Duquesa aquí?

*Oct.* No te turbes, aquí estov:  
qué traes, Tabaco? *Tab.* Señora,  
el Príncipe mi señor,  
sabiendo que soy criado  
en la tercera región,  
y que puedo, si yo quiero,  
llevarle un billete al sol,  
me ordenó que con secreto  
(eso no lo diré yo)  
que te diese este papel  
sin ninguna dilacion,  
porquz importaba no menos  
que la vida y el honor.

El papel es este, y porque  
encontré al Emperador  
Filipo, que guarde el cielo,  
con su cara de leon,  
y temo, que si nos ve  
en este cuarto los dos,  
haga de camino cuarto  
con mi persona, me voy  
sin respuesta, porque Julia  
me ha prometido un jubon  
con ducientos atamares,  
vergonzosa guarnicion,  
y queria hacerme de pencas  
á pie, y á caballo no.

*Hace como que se va.*

*Oct.* Espera, Tabaco. *Tab.* Pienso,  
que soy Tabado de olor,  
y quiero serlo de humo  
en esta ocasion. A Dios. *vase.*

*Elen:* Abre, señora, el papel,  
que aunque mudo tiene voz.

*Abre, y lee.* Dice así: Si en el sarao,  
que por ley de Grecia al sol  
en sacrificio se ofrece,  
primero que el ciego amor  
ate con una lanzada  
uno y otro corazón,

te mandare el Rey, que des  
al Infante de Sidon  
la mano, responde, Octavia,  
como soy tu esposo yo,  
que aunque se pierda esta noche  
Macedonia, con valor  
sabré morir ó vencer:

Tu esposo Alejandro, A Dios.

*Elen.* Guarda, señora, el papel,  
que la nobleza mayor  
de Grecia acude á palacio;  
y el Rey con la ostentacion  
mayor que vieron los orbes,  
á su lado el de Sidon,  
Alejandro, y la Princesa  
delante, zelando al sol,  
vienen á esta cuadra.

*Oct.* Cielos,  
concededme con valor,  
ó la vida en Alejandro,  
ó sin él, para blason  
de mi honor y mi finez,  
la muerte, pues fue mayor  
trofeo perder la vida,  
que vivir sin gusto. *Eten.* Yo  
sospecho, que aquesta noche  
se descuaderna, en rigor,  
á los impulsos de Marte,  
todo el libro del amor.

*Tocan chirimías y atabalillos, y salen  
Aristóteles, el Rey, la Princesa, el  
Infante, el Príncipe, y para danzar  
el sarao, el Mariscal y Damas, y si  
hubiere dos mejor. Las Damas se sientan  
á su tiempo en unas almôhadas á la  
esquina del estrado, y toda la compa-  
ñía repartida á los lados.*

*Arist.* Si Júpiter soberano  
no ampara con su poder  
á Grecia, se ha de perder  
con este incendio troyano.

*Rey.* La mayor felicidad,  
aunque lo sienta el amor,  
es sustentar con valor  
la ley de la Magestad.

*Princ.* El Príncipe, con disgusto,  
mal disimula sus zelos,  
yo mis penas y recelos,  
y Octavia su poco gusto.

*Inf.* La divina honestidad  
de la Duquesa, asegura  
su grandeza, y mi ventura  
afectos de su deidad.

*Alej.* Aunque le pese al poder  
desta regia monarquía,  
ha de ser Octavia mía,

ó la vida he de perder.

*Oct.* Aunque la suerte homicida,  
se oponga á mi señorío,  
ó Alejandro ha de ser mio,  
ó yo he de perder la vida.

*Arist.* Aquí ha de obrar la prudencia.

*Rey.* Aquí el poder ha de obrar.

*Oct.* Todo consiste en amar.

*Alej.* Con el amor no hay violencia.

*Inf.* Quién mi dicha ha de impedir ?

*Princ.* Quién se me puede oponer ?

*Alej.* Amor, morir, ó vencer.

*Oct.* Amor, vencer, ó morir,  
y el mejor arbitrio es,  
pues el amor me lo da,  
pero el efecto dirá,  
lo que se verá despues.

*Rey.* Nobles de Grecia, alentad  
este lazo superior,  
con el festivo primor,  
debido á la Magestad.  
Cumplid con zelo dichoso  
el sarao, porque el Infante,  
como verdadero amante,  
le da la mano de esposo  
á la Duquesa: esta ley,  
por Apolo establecida,  
y de Grecia recibida,  
hoy confirma nuestro Rey.  
Haga Lidoro la salva  
al sol deste casamiento.

*Lid.* Tu divino mandamiento  
es la luz, saludo al alba.

*Lidoro (habiéndose sentido las damas  
en su estrado, y el Rey, Alejandro,  
y el Infante en sillas) haga reverren-  
cia á los Reyes, danze, y despues sa-  
que á empezar el sarao á una dama,  
y como vagan los Músicos cantando,  
dancen de dos en dos hasta que saque  
el Infante á la Duquesa: ella deja  
caer el papel de Alejandro  
á su tiempo.*

*Mus.* A las bodas felices, que el cielo  
con Venus y Adonis celebra gentil,  
en el solio sagrado de Delo  
compiten á luces el Mayo y Abril.  
Las deidades de Grecia dichosas,  
que brillan luceros, y giran centellas,  
con finezas del alma amorosas,  
repiten auroras, y lucen estrellas.  
Las mudanzas, que firmes abrazan  
con coros helados volantes cometas,  
estaciones se juran los regios planetas,  
adonde las almas tocan perfectas.  
*Vuelven á repetir, hasta que, danzan-*

*do el Infante con Octavia, ella deja  
caer el papel de Alejandro, y el In-  
fante le alza, y hacen la reverencia  
uno á otro, y en tanto que él le  
lee danzar otros dias.*

*Inf.* Suplico á tu Magestad  
cese el sarao, porque tengo  
(ay de mí!) que hablarte á solas.

*Arist.* El Infante atzó del sueco  
un papel de la Duquesa.

*Rey.* Alguna desdicha temo.

*Alej.* Qué hiciste, mi bien? *Oct. Señor,*  
valerme de tu precepto;  
tu papel leyó el Infante.

*Alej.* Cordura fue de tu ingenio.

*Princ.* La que nació sin ventura,  
aró el mar, y sembró el viento.

*Rey.* Quedemos solos: no os vais,  
Aristóteles, que creo,  
que os he menester aquí.

*Quedan el Rey, el Infante y Aristóteles.*

*Arist.* Gran Señor, ya os obedezco.

*Rey.* Ya estamos solos, Infante,  
decid vuestro sentimiento.

*Inf.* No puedo decirlo yo,  
que es ofender mi respeto;  
solo os digo, que mi honor  
es solo de mi nacimiento,  
á quien no eclipsaron nunca  
los nublados del desprecio.  
A la Duquesa Utelino,  
fuese descuido secreto,  
ó cuidado de su amor,  
que sería lo mas cierto,  
se le cayó este papel  
de Alejandro, cuyo empeño,  
en su valor es fineza,  
y en mi ativez será duelo.  
Leedle, y vereis por él  
su firme amor, y mis zelos,  
su atrevimiento, y mi agravio,  
su intencion, y mi concepto.  
Antes de haberme empeñado,  
fuera mas justo leerlo;  
por ahora solo pide  
ese peligro el remedio.  
Para con vos esto basta,  
de vuestra casa soy deudo;  
si Principe es Alejandro,  
y heredero deste Imperio,  
Infante soy de Sidon,  
volved por mi honor os ruego,  
y moderad de Alejandro  
aquel ímpetu soberbio,  
que hombres como yo no sufren  
tan ciegos arrojamientos;

que si me excede en provincias,  
le ignalo en el nacimiento. *vase.*

*Arist.* Siempre temí, gran Señor,  
de aquella causa este rayo,  
y de aquel fuego este incendio.

*Rey.* Llamadme luego a Alejandro.

*Arist.* El viene aquí, gran Señor.  
*Sala Alejandro.*

*Rey.* Vuestro parecer aprueba,  
Alejandro, sin pasión:  
es vuestro ¿queste papel?

*Alej.* Todo cuanto dice en él  
escribió mi corazón.

*Rey.* Sabéis que al Infante dí  
a Octavia? *Alej.* Yo soy su amante;  
y no he de dar al Infante,  
lo que quiero para mí.

*Rey.* Qué decis? *Alej.* Que la Duquesa  
de Utelino generosa,  
si vos gustáis, es mi esposa.

*Rey.* Vuestra esposa es la Princesa.

*Alej.* Aunque á la obediencia ajusto  
las leyes de mi valor,  
no habeis de mandar, Señor,  
que yo me case á disgusto.

*Rey.* Vos quereis por la Duquesa  
perder un reino triunfante?

*Alej.* Yo se le doy al Infante,  
y casé con la Princesa.

*Rey.* Con liberales misterios  
dais lo que el valor ganó.

*Alej.* En cuanto viere yo  
no me han de faltar imperios.

*Rey.* En qué lo fundais? *Alej.* Lo fundo  
en que aquesta monarquía  
es para mi valentía  
un solo jardin del mendo.  
Este de muy buena gana  
doy al Infante con gusto,  
porque al primer disgusto,  
se le quitaré mañana.  
Y no os admire lo adverso  
de la fortuna, que obrando  
con valor, está temblando  
de mi espada el universo.  
Y si he de ganar triunfante  
el orbe, en quien me retrato,  
no es mucho que de barato  
á Grecia le dé al Infante.

*Rey.* Pues cómo vuestro valor  
al amor se ha sujetado?

*Alej.* Porque nunca es buen soldado  
el que no ha tenido amor:  
y si yo no lo tuviera,  
no me pudiera alentar  
á vencer y á conquistar

toda la redonda esfera.  
Y es mi razon evidente,  
y mi argumento acertado,  
que al mas temido ha enseñado  
el amor á ser valiente.

*Arist.* Haced del amor alarde,  
y prudencia del valor,  
porque este juicio, Señor,  
se ha de reducir muy tardé.  
Gran Señor, la voluntad  
es esfera del honor,  
y no se rinde al amor  
la suprema Magestad:  
que aunque es acto indiferente  
el usar mal del poder,  
es claramente ofender  
lo grave del accidente.  
Querer bien, será virtud,  
cuando el propio sentimiento  
no ofende al entendimiento,  
desluciendo la virtud.  
Amor no hace monarquía,  
antes por él se perdieron.

*Alej.* Los que amaron, no admitieron  
sutiles filosofías.

*Arist.* Amar por inclinacion,  
no es amar para ofender.

*Alej.* Quién os dijo, que el querer  
no es alma de la razon?

*Arist.* Seralo cuando la fama  
no peligra en el sugeto.

*Alej.* Nunca se pierde el discurso  
por querer bien á su dama.

*Arist.* La mejor cria del ser,  
es amar con perfeccion,  
por la luz de la razon.

*Alej.* Eso no puedo entender:  
decidme, si estoy prendado,  
no he de amar y perfiar?

*Arist.* No señor, no habeis de amar  
contra la razon de estado.

*Alej.* Si os quitáredes los años,  
y tuviéredes mi pasión,  
vos mudarais de opinion.

*Arist.* Saben mal los desengaños.

*Rey.* Basta, Alejandro.

*Arist.* Señor, *aparte ambos.*  
si el enojo no templais,  
á vos mismo os agraviais:  
mirad que es ciego el amor.

*Rey.* Qué medio tomar se puede  
en un negocio tan grave?

*Arist.* Lo que os puedo asegurar,  
que en quanto no se ausentare  
el Príncipe de la corte,  
no es posible que se aparte

de su amor. *Rey.* Muy bien decís, pero no quiere ausentarse.

*Arist.* Yo os diré, en estando solos, de que suerte será fácil: y por ahora os conviene alguna esperanza darle, de que ha de ser la Duquesa su esposa: porque quitarle con rigor deste cariño, es alentar nuevos males, y poner á pique el reino de perderse, ú de alterarse.

*Rey.* Y si el Infante pretende los mismos? *Arist.* Sepa el Infante de que tratáis que se ausente Alejandro, porque case al punto con la Duquesa: con que templará al instante su pasión, y sus recelos.

*Rey.* Vos sois político grande, y en todo vuestro consejo he de seguir.

*Arist.* Dios te guarde.

*Rey.* Alejandro, aunque pudiera vuestra altivez disgustarme, reparo que sois mi hijo; y así, con amor de padre, procuro vuestros aumentos: Aristóteles, que sabe la naturaleza vuestra, me aconseja que os ampare; y que si fuere posible, que con la Duquesa os case.

*Alej.* Es mi maestro, y señor, téngolo en lugar de padre.

*Rey.* No os doy palabra, ni puedo hasta saber del Infante el estado de su amor: solo os digo, que repare vuestra juventud briosas, que es secreto importante para lo que se pretende: y no es bien que se declare, y que á la Princesa Julia, como si fuerais su amante, por razón de estado ameis, que yo zelaré constante vuestra fe, porque veais logrado un amor tan grande.

*Echase á los pies del Rey.*

*Alej.* A vuestras plantas, Señor, tenéis esta viva imagen de amor, y obediencia. *Rey.* Alza, Alejandro, el cielo os guarde.

*Vanse los dos, y sale la Princesa al paño.*

*Princ.* Aquí está el Príncipe: honro

pues sois zeloso juez, salgamos hoy de una vez deste mal pagado amor.

*sale.*

*Alej.* Aquí viene la Princesa, quiero hacer que no la he visto.

*Princ.* En vano el pesar resisto.

*Alej.* Voy á hablar á la Duquesa.

*Princ.* Alejandro? *Alej.* Gran Señora?

*Princ.* A solas os quiero hablar: sentaos, y mi sentimiento, como Príncipe, escuchad.

No he de cansaros, sabiendo que está sin gusto un galán con dama que no ha querido; yo seré breve, sin dar que decir al corazón, ni al alma que sospechar.

Vine á casarme con vos, habrá seis meses, y más; años, para mi decoro; siglos, para mi deidad; para mi entereza agravios, si yo me puedo agraviar. Prendado os halle, Señor, (que no lo podeis negar) de la Duquesa Utelino,

disimulé mi pesar, hasta ahora para vencer tan grande dificultad, con no darme por sentida, que en llegando á declarar una muger como yo sus celos, la magestad del cielo de su grandeza, se desliza, si no cae.

Yo en efecto, no pretendo que por fuerza me queráis, que fuera en vos ignorancia, lo que en mí temeridad. No quiero que por estado (el arrojó perdonad) os caseis conmigo, siendo este amor sin igualdad; porque tener yo marido, y Octavia tener galán, es infamia de la vida, y oprobio de la amistad: que las leyes del honor escritas con alma están en el libro de la honra, y no se rompen jamás. Si á la Duquesa quereis, con ella os podeis casar, y no conmigo, que yo no quiero el amor quitar. Solos estamos los dos,

este enigma desatad,  
habladme como quien sois,  
sin engaño ni disfraz,  
que entre zelos y desdenes,  
si me decís la verdad,  
vos vereis si os está bien,  
como a mí no me está mal,  
que yo tenga entendimiento,  
y vos tengais voluntad.

*Alej.* Pues habló tan claramente, *ap.*  
mi padre ha de perdonar,  
yo no he de engañar á nadie,  
que la mayor falsedad  
que hace un galán cuando quiere  
á una dama, es engañar  
á otra, con el pretexto  
de que no la quiere mal. *al paño Oct.*  
*Oct.* Con Julia el Príncipe? Quisero  
lo que tratan escóchar.

*Alej.* Señora, lo soberano  
de vuestra sacra deidad,  
merece el laurel del mundo:  
pero como siempre está  
nuestro espíritu pendiente  
del impulso celestial  
de los dioses, nuestras almas  
son virtud de aquel iman.  
Antes de veros, Princesa,  
(mi locura perdonad)  
vi á la Duquesa Utelino;  
necedad parecera,  
supuesto que la habeis visto,  
el quererla yo pintar,  
porque delante del sol,  
(aunque ella es sol oriental)  
no es justo que brillen rayos  
de enemiga potestad.  
Porque dama que desea  
que la festeje un galán,  
sabiendo que quiere á otra,  
aunque sea una deidad  
la primera, á la segunda  
le ha de parecer muy mal.  
Y supuesto que yo sé,  
que os tengo de disgustar,  
paso el retrato en silencio,  
y voy al original.  
Digo, pues, que á la Duquesa,  
con tan firme magestad,  
le di el alma; pero aquí  
delito de amor será  
dar que sentir á la vuestra,  
porque en esta singular  
fineza con que pretendo  
encarecer mi lealtad,  
mi cariño y mi deseo,

parecerá vanidad  
que yo lo diga sin alma,  
cuando ella la tiene allá.  
Yo en efecto estoy prendado  
de esta divina beldad,  
y por esposa en el alma  
está recibida ya.

Y supuesto que os he dicho,  
sin embozo ni disfraz,  
que adoro á Octavia, y que nunca  
la he de poder olvidar.

El cielo, señora, os guarde  
los años que deseais,  
para gloria del imperio,  
y honor de la magestad.

*Oct.* Bien haya tu vida, amen:  
hay mayor felicidad!

*Princ.* Quedamos buenos?

*Oct.* Princesa? Señora? *Princ.* Ah  
tormentos, cielos! *Oct.* Parece  
que con disgusto os hallais?  
qué teveis? *Princ.* Nada: yo muero!  
qué desdicha! *Oct.* No me hablais?

*Princ.* Dios os guarde: para cuando,  
cielos, mi muerte guardais?  
muriendo me voy de zelos,  
rabiando voy de pesar.

*Oct.* Declaróse, pero cuando  
no se declaran los zelos,  
pues hasta los mismos cielos  
sienten cuando están amando.

*Sale el Infante.* Aquí la Duquesa está:  
si el honor es lo primero,  
sepamos si vivo, ó muero.  
Vuecelencia bien podrá  
condenar mi atrevimiento,  
pero no la generosa  
voluntad con que venero  
sus virtudes poderosas.

*Oct.* Qué me manda vuestra Alteza?

*Inf.* Suplico que me oiga,  
pues le debe á mis finezas  
atenciones milagrosas.  
Su Magestad, que Dios guarde,  
á quien debo tantas acuras,  
me ofreció vuestra hermosura,  
como sabeis, por esposa.  
Otorgó mi voluntad,  
que cuando un amante adora,  
ha menester pocos ruegos,  
si su esperanza se logra.  
En el sarao esta tarde,  
con descuido, cuidadosa  
me arrojasteis un papel,  
saeta tan rigurosa,  
que dió veneno á la vista,

y delirio á la memoria,  
 En él os dice Alejandro,  
 que á pesar del Asia toda,  
 habeis de ser su muger;  
 yo vengo á saber, señora,  
 si este lazo superior  
 vuestro corazon otorga;  
 porque si es de parte suya,  
 y no de la vuestra, goza  
 con el desengaño, el alma  
 la seguridad que ignora.  
 Esto pretendo saber,  
 porque pueda el alma sola,  
 ó vivir con el favor,  
 ó morir con la lisonja;  
 porque en tan grave peligro,  
 es confianza costosa  
 ignorar un desengaño,  
 y alhagar una deshonra.

*Al paño Alej.* El Infante, y la Duquesa  
 hablando los dos á solas!  
 escuchemos, lo que tratan,  
*Oca.* Que vuestra Alteza me oiga  
 le suplico, pues es justo,  
 que yo cortés le responda.  
 Y pues su noble accidente  
 con todo un desprecio lucha,  
 diré mucho si me escucha,  
 y todo muy brevemente.  
 Que yo idolatro á Alejandro,  
 y que él me adora tambien,  
 no es necesario decirlo,  
 pues se lo dijo el papel  
 que leyó, cuyos renglones  
 con el alma veneré.  
 El intento de arrojarle,  
 como se vió, á sus pies,  
 fue, porque haciendo mudanzas  
 en el sarao, ya se ve,  
 no imagiase que yo  
 las hacia por querer  
 casarme con vuestra Alteza,  
 pues nunca lo imaginé:  
 que como yo no podia  
 de palabra responder,  
 le respondí por escrito:  
 que si en los festines es  
 el bailar hacer mudanzas,  
 á mi dueño no agravié,  
 que como danzaba firme  
 el alma con buena fe,  
 eran con vos las mudanzas,  
 si las finezas con él.  
 Bien sé que este desengaño  
 no deja de ser cruel  
 para quien está prendado,

como vos, en querer biens  
 pero si yo tengo amor,  
 y el amor no tiene ley,  
 y yo por ley de razon  
 amo al Príncipe, no es  
 sino noble el desengaño,  
 que desengaño cortés,  
 porque yo no puedo amar  
 lo que no puedo querer.  
 Que como está el corazon  
 prendado, como se ve,  
 de Alejandro, y Alejandro  
 es su dueño, y lo ha de ser,  
 no se ha de admirar ninguno,  
 que en este pleito fiel  
 mi corazon de justicia,  
 lleve una vida de Rey:  
 que vuestra Alteza merece  
 el soberano laurel  
 del mundo, nadie lo ignora;  
 y que puede pretender  
 la deidad de la hermosura,  
 siempre lo confesaré;  
 pero decirme que siga  
 del Rey la forzosa ley,  
 ni lo permite mi amor,  
 ni lo consente mi fe.  
 Ser su esposa, no es posible;  
 quererle, no puede ser;  
 que tengo esposo, es seguro;  
 que me quiere, yo lo sé.  
 Él morirá por mi amor,  
 yo por su amor moriré:  
 Julia no tiene lugar,  
 el Rey se caasa tambien.  
 Y supuesto que este amor  
 ha de tener mas poder,  
 pues estoy determinada  
 á morir siempre por él,  
 no se canse vuestra Alteza  
 en amar, ni pretender,  
 que Alejandro es mi marido,  
 y yo he de ser su muger.  
 Y con esto á Dios se quede,  
 que yo siempre rogaré  
 al cielo le dé la vida,  
 que su reino ha menester,  
 para gloria del Imperio,  
 y pandonor del laurel:  
 suplicándole que diga,  
 pues es discreto y cortés,  
 porque alivie, como cuerdo,  
 su pasion, y mi desdent  
 Arred, corazon ar red,  
 que yo no os puedo valer.

*Alej.* Con valor le respondió *vase.*

la Duquesa. *Inf.* Yo he quedado zeloso y desesperado: mas cuándo no lo quedó, quien ama, y está prendado de belleza semejante?

Viven los dioses! *Alej.* Infante?

*Inf.* Alejandro? *Alej.* Su cuidado, *ap.* es alma de su disgusto: estais triste! Qué tenéis?

*Inf.* Con la merced que me haceis, nunca puedo estar con gusto.

*Alej.* No os entiendo. *Inf.* Mi pasión muy bien se deja entender.

*Alej.* Esa pretendo saber.

*Inf.* No es esta buena ocasión, vos la sabreis algún día.

*Alej.* Haced del valor alarde, porque para luego es tarde.

*Inf.* No es tiempo, ni yo podría anteponer un pesar, que me ha dado un desengaño, hasta remediar el daño.

*Alej.* No lo podreis remediar.

*Inf.* La palabra que me dió el Rey, me la cumplirá.

*Alej.* De su parte bien podrá, pero de la mía no.

*Inf.* La ley de la Magestad es el alma de la ley.

*Alej.* Esa voluntad del Rey, pende de otra voluntad,

*Inf.* Pues miráralo primero, antes de habérmela dado.

*Alej.* El prometió por estado.

*Inf.* Este estado es el que quiero, porque quedaré muy mal, si no logro con efecto su palabra, y mi concepto.

*Alej.* Es concepto desigual.

*Inf.* Cómo desigual? *Alej.* Infante, hablemos claro, yo quiero, amo, idolatro, venero, como verdadero amante, á la Duquesa, y por ella, vida, estado, poderío, sér, imperio, señorío, perderé por defenderla; y la magestad, la ley, el estado, la potencia, la justicia y la violencia, y todo el poder del Rey, pues la tengo merecida, no me han de poder vencer, porque mi esposa ha de ser, ó yo he de perder la vida.

*Inf.* Pues yo solo por mi honor

á este estado me prefiero.

*Alej.* Sabré mataros primero.

*Empuñando la espada, sale el Rey, y Aristóteles.*

*Rey.* Qué es esto? *Alej.* Nada, Señor.

*Arist.* No hay que examinar el daño, sino poner por defecto, como Príncipe perfecto, aquel político engaño, á quien por ley general llama con suma destreza, segunda naturaleza el dominio natural.

*Rey.* Alejandro? *Alej.* Gran Señor?

*Rey.* Retiraos á vuestro cuarto.

*Alej.* Vuestro gusto es mi obediencia.

*Rey.* Y vos, hasta que Alejandro salga de la corte, estad en el vuestro retirado, que yo sabré como Rey, la palabra que os he dado cumplir, mirando, Camilo, por vuestro honor: retiraos.

*Inf.* Como á dueño os obedezco, y como á Rey Soberano. *vase.*

*Rey.* En fin, quereis que Apolonio, que tiene al Persa cercado, alce el cerco, pues sabiendo que se retiró, Alejandro se ausentará de la corte, duelo haciendo del agravio.

Esto es el fin? *Arist.* Sí señor: por la parte que el persiano confina con vuestro Imperio, se retire, que este daño se remediará despues.

*Rey.* Ese arbitrio que habeis dado para que Alejandro olvide á Octavia, sino me engaño, es contingente. *Arist.* Señor, lo que yo tengo estudiado aprobará quien hubiere, como filósofo sabio, estudiado en las escuelas.

*Rey.* Ejecutad todo cuanto os distare vuestro ingenio.

*Arist.* Gran Señor, yo tengo dado las órdenes convenientes, solo falta ejecutarlo, y lo que conviene oid.

Ya sabeis que cumple años hoy el Príncipe, y que Grecia, al convite celebrado, que en público vuestro hijo hace, Señor, en palacio, con todo lo noble asiste:

y que por festejó raro,  
 las Damas, y las Princesas,  
 con magestad y aparato  
 le traen de Marte trofeos,  
 significando este lauro,  
 que Venus y Marte, Señor,  
 dos planetas encontrados,  
 que con la vista del uno  
 el otro ostenta milagros.  
 Y supuesto que este día,  
 para el arbitrio que he dado,  
 es tan importante, vos  
 al templo de Marte sacro  
 podéis ir, para volver  
 cuando fuere tiempo. *Rey.* Vamos,  
 que pues decís que importa  
 al aumento del estado,  
 es justo que se egecute.

*Arist.* Sois Príncipe soberano,  
 y á los que quieren ser doctos  
 favorecéis como sabio. *vinse.*  
*Salen á poner la mesa, con la ostenta-*  
*cion posible, Citados, y Tabaco, y*  
*Elena que los ayuden, y los*  
*Músicos.*

*Tab.* Cuando, Elena, cumplis años?

*Elen.* Aun no los tengo medidos.

*Tab.* Tienes cuarenta cumplidos?  
 no me traes con engaños.

*Elen.* Aun no he visto saca muelas  
 en mi boca. *Tab.* Eso es verdad,  
 las mugeres de su edad,  
 siempre buscan saca abuelas.

*Elen.* No es mi cara muy perfecta?

*Tab.* Todas os poneis con vela,  
 sobre la cara de abuela,  
 cada día cara nieta.

*Elen.* Infame, dime, mi cara  
 del tocador? *Tab.* No te acuerdas  
 cuando te hice una visita,  
 y te hallé con treinta boxes,  
 veinte y cuatro redonillas,  
 tres billetes de Guadix,  
 seis garrafas, y una arquilla,  
 que te daban á la mano  
 barro de alguna pescina,  
 necesaria providencia  
 de los cielos de Turquía;  
 y que sacando albayaldos,  
 moro blanco de bugía,  
 albañil de chineneas,  
 unas negras y otras tintas,  
 te enjalvegaste la cara,  
 y al cubrirla por encima,  
 dijo el rostro, buenas noches,  
 por no decir buenos días?

Y que luego salió á plaza  
 el sebo, la trementina,  
 el buen arrebol sin sol,  
 la mostaza, las lanillas,  
 la hiel de vaca, el piñon,  
 el azucar, el atincar,  
 los cortinos y los matas,  
 los limoncillos, las guindas,  
 el vinagrillo, los huevos,  
 las almendras, las pepitas,  
 el alcanfor, el carnero,  
 avenare, cevedillas,  
 raíz de lirio, neguilla,  
 gallina piesta, miel virgen,  
 dátiles de Berbería,  
 cebellicas de azucena,  
 vinagre, taragonia;  
 y que de verte tantas  
 infernales sabandijas,  
 tocaron á decómer  
 el estómago y las tripes?

Díme que miento. *Elen.* Villano.

*Tab.* Calla, que el mundo se cifra  
 en solos veiate y dos años  
 que tiene ahora de vida  
 Alejandro, y toda Grecia  
 á verle comer conviada,  
 los oídos á las voces,  
 las grandezas á la vista.

*Tocan las músicas, y sale el Príncipe,*  
*Aristóteles, y acompañamiento: sién-*  
*tase el Príncipe á comer, y cantan*  
*los Músicos.*

*Music.* A los años de Alejandro,  
 que siglos felices sean,  
 coronando está de luces  
 el Dios de la cuarta esfera.

*Arist.* En tan venturoso día  
 debe, Señor, vuestra Alteza  
 hacer mercedes. *Alej.* Cantad.

*Music.* Mademos de tono y letra.

*Cant.* A la hermosura de Octavia  
 saludaba el claro sol  
 con el clarín de sus rayos  
 divinas flechas de amor.

*Alej.* Buena letra: ahora puedo  
 hacer mercedes. *Arist.* Señor,  
 muchos nobles que son pobres,  
 te suplican. *Alej.* Siempre soy  
 amparo de la nobleza:  
 fuera de tener racion  
 en palacio, á cada uno  
 tres mil ducados le doy.

*Arist.* Qué grandeza! *Alej.* Proseguid  
 con la segunda cancion.

*Music.* De los dos floridos meses,

la Diosa de Judimion  
casta corona le ofrece  
luz á luz, y fier á flor.

*Alej.* No hay quien pida mas mercedes ?

*Arist.* Aquí viene, gran Señor,  
una lista de los presos.

*Alej.* Ninguno quede en prision.

*Arist.* Los soldados que han servido.

*Alej.* Mi Tesorero mayor  
les dé treinta mil ducados.

*Arist.* Qué magestad ! Qué valor !

*Tocan músicas, y van saliendo con las  
insignias militares la Princesa, Octavia,  
y otra Dama, y como van llegando,  
digan.*

*Arist.* Las insignias militares,  
por ley de Grecia y blason,  
las Diosas de Macedonia  
consagran á tu valor.

*Princ.* Aunque zelosa, confieso  
que sois valeroso joven,  
segunda envidia de Marte,  
primera dicha de Adonis.

*Alej.* Si os hirió amor con su venda,  
mi afecto sus velos rompe  
para ligar tus heridas,  
los rayos del sol perdonen.

*Oct.* Es esa insignia de Marte,  
por vuestra, la luz del Norte,  
y los volantes de Venus  
mis bien seguidos pendones.

*Alej.* Viven, por ley del amor,  
en nuestros dos corazones  
un mal vivo con dos almas,  
y una ciega con dos soles.

*Dam.* Con diferentes afectos  
mis finezas os coronen,  
pues sin tirarme amor flechas  
me coronó de favores.

*Alej.* A la que llevais delante  
dedico mis tiernas voces,  
que los firmes troncos mueven,  
y las sordas piedras oyen.

*Haciéndole reverencia, al son de Músicas,  
se van las Damas.*

*Alej.* Qué hermosa va la Duquesa ?  
todo el poder de los Dioses  
se ha cifrado en su belleza.

*Tab.* Oyes, Señor, sus dos soles,  
pueden ser soles delante  
de cuarenta mil Doctores,  
pues en vez de tabardillos,  
van pintando corazones.

*Tocan cajas y clarines.*

*Alej.* Qué militar y bélica armonía  
en tan festivo día

incitan mi valor ?

*Dent.* Al arma, guerra.

*Alej.* Tiemble el ámbito todo de la tierra  
qué es esto ?

*Sale Arist.* Gran Señor, que Macedonia  
se ha vuelto otra confusa Babilonia:

el general Apolonio,  
que tuvo á Persia cercada,  
amancilló del Imperio  
las esclarecidas armas.

Levantó el cerco, y el Persa  
con vencedoras escuadras,  
viene talando la tierra:

Hora Grecia esta desgracia.  
Qué dirá el mundo, Señor,  
si ve las fuerzas postradas  
de esta corona del mundo,  
y deste laurel del Asia ?

Qué dirá el orbe ? *Alej.* Suspende,  
Aristóteles, la infamia  
de Apolonio, cuando el mundo  
habrá menester ensanchas,

si le acuchillo con esta  
horrible del orbe parca.  
Grecia vencida, viviendo  
este corazón ? Qué aguardan

mis soldados ? Luego al punto  
toque Macedonia al arma,  
desencájense estos Polos  
de las celestiales visagras:

aliste Marte su esfera  
cuantas encendidas brasas  
arden lucientes cometas,  
brillan centellas con alma.

Marchen las tropas al punto,  
que antes que la antorcha sacra  
debana luces al mundo

en seis mansiones del alba,  
he de sujetar al Persa,  
sin que de sus torres altas  
memoria quede, que fueron  
del campo azul atalaya.

Al arma, soldados míos. *Tocan.*

*Tab.* No te despidas de Octavia ?

Ah, Señor ! *Alej.* Dad orden luego,  
que las legiones de guarda  
marchen al punto. *Arist.* Llévose  
la naturaleza sabia. *vase.*

*Tab.* Quereis ver á la Duquesa ?

*Alej.* Toca al arma, toca al arma.

*Tocan cajas, y al irse sale Octavia.*

*Oct.* Príncipe, Señor, qué es esto ?

*Alej.* Qué ha de ser, Octavia ? Nada.

*Oct.* Mi bien, pues vos os partís  
sin verme ? *Tocan.*

*Alej.* Divina Octavia,

yo sin veros? Pero el Persa,  
el clarin, la voz, la fama  
me llama: llorais, mi bien!

*Oct.* Llora, Señor, mi desgracia  
servia mi corazón

al vuestro con vida, y alma.

*Alej.* Yo con el alma, y la vida  
á una gallarda Greciana,  
tan bizarra como hermosa,  
tan amante como amada.

*Oct.* No lo dicen los clarines  
cuando toaron al arma?

*Alej.* El honor, querido dueño,  
la reputacion, la fama,  
en mi corazón han sido  
deste rebato la causa.

Todos, mi bien, avisaron  
á las mudas atalayas

del ocio, que yo vivia  
en los brazos de mi dama,  
que oyó el militar estruendo  
de las trompetas, y cajas.

*Oct.* Espuela de honor os pica.

*Alej.* Y el freno de amor me para.

*Oct.* No salir es cobardía.

*Alej.* Ingratitud el dejarla.

*Oct.* Salid al campo, Señor,  
sangre vierta la campaña,  
que ella me será, sin vos,  
duro campo de batalla.

*Alej.* Advertid. *Oct.* Salid aprisa,  
los soldados os aguardan,  
yo os hago á vos mucha sobra,  
y vos á ellos gran falta.

*Alej.* No me enternezcais el pecho,  
todo á Marte se consagra.

*Oct.* Bien podeis salir desnudo  
de las militares armas,  
que son bronces los rigores.

*Alej.* Qué decís, esposa amada?

*Oct.* Que teneis de acero el pecho,  
pues mi llanto no os ahlanda.

*Alej.* Duquesa, mi bien, mi dueño,  
tan dulce como enojada,

dadme estos brazos. *Oct.* Qué penal  
id con Dios, que ya se arranca  
de mi pecho el corazón.

*Alej.* Qué fortuna! *Oct.* Qué desgracia!  
nunca yo hubiera nacido!

*Alej.* Yo os empeño mi palabra  
de ser vuestro, y da poner  
todo el mundo á vuestras plantas,  
porque con honra, y con fer-

*Oct.* Yo me quedo. *Alej.* Y yo me parto:  
vaya á los Persas el cuerpo.

*Oct.* Y vaya con vos el alma.

## ACTO TERCERO.

*Salen el Rey, y Aristóteles.*

*Rey.* Triunfó al Persa Alajandro,  
según lo dice esta carta,  
y con el triunfo el imperio  
en mayor peligro se halla.

Por no quererse casar  
con Camilo, puse á Octavia  
en prision, y aunque se pierde  
Grecia, del orbe envidiada,

ha de casar Alejandro  
con la Princesa. *Arist.* Son tantas  
las dudas, que la razon  
ni se explica con palabras,  
ni puede formar idea  
en los secretos del alma.

*Rey.* Aristóteles, cerremos  
la puerta á la confianza,  
quede en los dos el secreto,  
corra luego la palabra  
de que la Duquesa ha muerto  
en la prision: muera Octavia,  
porque pierda la esperanza  
Alejandro deste amor.

*Arist.* Señor, el fuego que labra  
el amor con el deseo,  
dificilmente se apaga.

Poner á riesgo la vida  
del Principe, á quien consagra  
la sucesion del Imperio  
el cielo, fuera venganza  
indigna de la prudencia.

*Rey.* Póngase que no. la palabra  
que di al Infante Camilo  
de casarse con Octavia,  
y á Julia con Alejandro,  
se ha de cumplir. *Arist.* Si la traza,  
segunda naturaleza,

en vuestra idea se halla,  
qué puedo yo replicar?

*Rey.* El infante está en Bretaña  
y yo le daré á su tiempo  
parte de la confianza

que entre los dos se acredita:  
y al castillo de Girona,  
adonde está la Duquesa,

pues que tan cerca se halla  
de la corte, podeis ir  
y á su Alcaide, cora es llana,  
le direis este secreto:

y supuesto, que de Acaya  
viene el Principe marchando  
con su gente, y la distancia  
de ir, y volver es tan corta,

con inteligencia sábia  
dareis nueva de la muerte  
de la Duquesa. *Arist.* La varia  
fortuna nunca acredita  
tan peligrosa mudanza:  
miradlo, Señor, mas bien.

*Rey.* Esto ha de ser: decretad  
esta sentencia fingida,  
viva inmortal en el alma.  
Vos habeis de dar la nueva,  
en virtud de mi palabra,  
de que murió la Duquesa,  
porque quede bien fundada  
por vos la nueva. *Arist.* Señor,  
aunque ha sido la crianza  
del Príncipe ley en mí,  
vos sois supremo Monarca,  
obedecer á mi Rey  
es lo que el cielo me manda.  
Yo voy, Señor, á servirlos,  
pero acordaos, que esta traza  
difícil tiene el efecto,  
aunque es tan fácil la causa.

*Vase, y sale la Princesa.*

*Princ.* Doy á Vuestra Magestad,  
y á mí me le doy tambien  
el dichoso parabien,  
propio de mi voluntad.  
De la feliz victoria,  
que contra el Persa ha tenido  
el Príncipe, pues ha sido  
de su dolor nueva gloria.  
Pero que mucho, si fundo  
en su aliento singular,  
que ha de venir á triunfar  
de los términos del mundo?

*Rey.* Esa alabanza ha nacido  
del amor que le tenéis,  
y es justo que le alabeis,  
si ha de ser vuestro marido.

*Va saliendo acompañamiento de soldados, y detrás*

*Alejandro, y Tabaco.*

*Alej.* Por aliento de Jupiter sagrado  
en la grandeza vuestra colocado,  
merezca mi obediencia,  
de amor inteligencia,  
el besaros la mano.

*Arrodillase.*

*Rey.* Siendo de Marte rayo soberano.  
el treno militar, el quinto solio  
será de vos eterno capitolio:  
levantad á mis brazos.

*Levántese.*

*Alej.* Con tan dichosos lazos  
será inmortal mi vida:  
Vuestra Alteza deidad esclarecida,  
Planeta superior de las beldades,  
y honor de las eternas Magestades,

*Princ.* Es mi estrella tan cruel,  
que no habiendo en mi mudanza,  
pone á riesgo la esperanza,  
siendo la fe tan infiel.

*Rey.* Pues vos habeis de dudar,  
estando Octavia en prisión,  
la debida posesion?

*Princ.* Es difícil de mudar  
el amor, si es verdadero,  
en sugeto aborrecido,  
que le transforma en olvido  
en que se adaniera pastrero.

*Tocan cajas, y clarines, y dicen dentro.*

Viva el invicto Alejandro,  
hijo del sacro Filipo,  
Príncipe de tres Imperios.

*Otro.* Viva. *Rey.* El Príncipe ha venido,  
y en instrumentos marciales,  
con laudes de Marte vivos,  
el orbe le hace la salva.

*Dentro instrumentos.*

*Princ.* Y ya en coros repetidos  
la armonia soberana,  
Filomena de los siglos,  
le aclama Adonis de Grecia.

*Dentro la Música.*

*Mús.* Viva el rayo de Filipo,  
el sucesor del oriente,  
que al Persa deja vencido:  
inmortal su nombre sea  
entre los dioses divinos.  
En el templo de la fama  
le ofrezcan en sacrificio.  
laureles Jupiter regio,  
Marte triunfos peregrinos.  
Trinidad esferas, repartid zafiros,  
que viva la diestra,  
que triunfa el invicto  
brazo poderoso del sacro Filipo.

me dé á besar su mano.

*Princ.* A la diestra de Marte soberano,  
contra esfera será,  
si bien dichosa,  
el alma generosa:  
esa os dedica, en fe de mi albedrío,  
el justo afecto mio.

*Alej.* Qué novedad altera mi trofeo  
el impulso mayor de mi deseo?  
La Duquesa Uelino,  
sol de mi amor divino,  
con la Princesa no ha venido á verme:  
disimule mi amor, que es ofenderme  
culpar zeloso al sol  
de que ha faltado  
con su lucente luz á mi cuidado.

*Rey.* Quedó vencido el Persa?

*Alej.* De Sidonia

puse cerco, Señor, á Babilonia,  
y asaltando sus dóricas almenas,  
atalayas del sol, de rayos llenas  
se cerró, con la fúnebre armonía,  
el lumineso párpado del día.  
A Susa pasé luego,  
llevando la ciudad á sangre y fuego:  
recogieronse al fuerte de Virigo  
los soldados, Señor, del enemigo.  
Cerqué, sobre la inmensa pesadumbre,  
aquel rayo de Marte, que en la cumbre  
del epicicio propio de la luna,  
inmortal su fortuna  
hizo por breves horas.  
Llegaron nuestras huestes vencedoras,  
trepando á las murallas,  
y apenas coronarlas  
pudieron de alentados corazones,  
cuando se tremolaron sus pendones.  
Desmontéle el altivo promontorio,  
y dando vuelta al sacro consistorio,  
ó al templo de Diava,  
me puse sobre el fuerte de Britzana,  
que en los confines de los Caspios montes  
beben del sol los claros horizontes.  
Los flecheros Brisones,  
asaltando los bélicos balcones,  
á un tiempo dispararon de la cumbre  
una nube de dardos, que alumbrando,  
del délfico planeta se opusieron;  
tan diestros auduvieron,  
que al bajar por los rumbos sucesivos  
los clavaron en troncos vivos.  
El fuerte se abrasó, y tributarios,  
quedaron los Siarios,  
los Caspos, los Citones,  
los Medeos, y Sidones;  
y los fieros montes de la Hircania,

alimentados de la sangre humana.  
 El imperial egéccito, pasando  
 los términos, cortando  
 la region de Babel, se puso luego  
 sobre la corte del Persiano ciego,  
 á quien el Tigris baña,  
 y talando su pérsica campaña,  
 en diez y siete dias la rendimos,  
 preso su Rey trujimos,  
 incorporando á tu sagrado Imperio,  
 desde el monte Cipro, al monte Beris.  
 Veinte y cinco ciudades conquisté,  
 siete naciones barbaras domamos,  
 quedando el nombre de Filipo solo,  
 del uno al otro Polo,  
 grabado en los Anales  
 de esas láminas sacras imperiales.  
 Y así, conquista, emprende, solicita,  
 taia, reforma, da, castiga, quita,  
 postra, rinde, sujata, alaba, sigue, abona,  
 pues no puede haber quien te lo estorbe,  
 gima el mar, tiemble el Sur, caduque el orbe.

**Rey.** De nuevo mis brazos sean  
 lazos de la estrella snma,  
 que alienta mi corazón,  
 que mis blasones ilustra.

*Sale Aristóteles.*

**Arist.** De mi obediencia forzado  
 vengo á ponerme á la furia  
 de una juventud soberbia.

**Alej.** Aristóteles? **Arist.** No duda  
 mi lealtad de las fúerza,  
 con que vuestra Alteza Augusta  
 favorece mis afento,  
 por la suerte importuna.

**Rey.** Aristóteles, qué es esto?  
 quién vuestras canas disgusta?  
 qué ha sucedido? **Arist.** Señor:  
 no sé yo como articula *Llorando.*  
 palabras el corazón.

**Alej.** Ahora desdicha anuncia  
 esta suspension florosa,  
 aquesta elocuencia muda.

**Arist.** En el teatro del orbe  
 hoy quiso por ley injusta,  
 ostentar severamente  
 sus decretos la fortuna.  
 A los jardines de A aya  
 la soberana hermosura  
 de Octavia.

**Alej.** Qué escucho, cielos!  
**Arist.** A quien el Mayo dibuja,  
 fue, que las flores, Señor,  
 de la vida mas segura,  
 si viven al alba, mueren  
 entre la noche confusa.

Eclipsado salió el sol,  
 revuelto en sombras caducas,  
 y entre trémulos desmayos,  
 mal rebozada la luna.

Melancólica, bájose  
 por una alameda adusta,  
 de unos cipreses, que fueron  
 del mar atalayas mudas.

De ver su tristeza el agua,  
 que por los pinceles cruza,  
 en paraisimos de nieve,  
 sino se hiela, se turba.

Divertianle sus damas  
 con músicas que no gusta,  
 cuya armonía ajustaban  
 los facistolos de pluma.

Caláronse por el viento  
 algunas aves nocturnas,  
 esploradoras cobardes  
 de lóbregas sepulturas.

La bellissima Duquesa  
 se sentó sobre unas murtas,  
 mirando de un arcydeio  
 la bien deslizada fuga.

Sobrevínole un desmayo,  
 mensagero, que articula,  
 con sus luces apagadas  
 la sentencia mas segura.

Volvió dél, articulando  
 entre palabras confusas:  
 yo muero, valedme, cielos!

**Alej.** La Duquesa?

**Arist.** Sí, en urna  
 de nieve, la blanca rosa

perdió la color purpúrea.

*Alej.* Octavia ?

*Arist.* Sí, gran Señor:  
acudieron las confusas  
damas que la acompañaban,  
á invocar las luces sumas,  
fue por instantes (qué horror!)  
el occidente (qué injuria!)  
creciendo, y fue de manera,  
que aquella alba hermosa y pura,  
aquella viviente flor,  
aquella aurora divina,  
en un instante quedó  
toda la color difunta,  
sin aliento los vitales,  
sin ornato la hermosura,  
sin rayos de luz el sol,  
y sin resplandor la luna.

*Alej.* Murió la Duquesa, cielos ?

*Rey.* Quedó una estatua muda,

Alejandro, obre el valor:

Príncipe, lo que pronuncian  
desde su esfera los dioses,  
sentencias son que se ajustan  
con las leyes inmortales.

Donde la Princesa Julia  
está, no pueden reinar  
inferiores hermosuras.

Descansad, porque se logre  
de vuestra victoria angusta  
el triunfo: vamos, Princesa.

*Princ.* El sentimiento, no hay duda,  
viendo muerta á la Duquesa,  
que el corazón me atribula;  
pero si es orden del cielo,  
ahora podré segura  
ser esposa de Alejandro.

*Arist.* Cumplí vuestra ley angusta.

*Rey.* La cumplisteis de manera,  
con la fúnebre pintura,  
que aun yo creí que era muerta  
la Duquesa.

*Arist.* Como cumpla  
de su Rey el mandamiento  
el vasallo, no le culpa  
el engaño, porque nace  
del ingenio la cordura.

*vanse.*

*Tab.* Ah, Señor ?

*Alej.* Quién llama ?

*Tab.* Tabaco, yerba maluca,  
tan sonada por el orbe,  
como la mala ventura,  
pues te ve haciendo una sarta  
de mundos, para que engullas,  
Júpiter, pues los Imperios  
los tragas como granuja.

Ten valor para llevar  
la ausencia de la mas pura  
deidad, que formó de estrellas  
la Diosa de la hermosura.  
Si, murió Octavia, Señor,  
supla la Princesa Julia.

*Alej.* Calla, villano.

*Dale.*

*Tab.* Matóme,

porque me dió por la nuca.  
Mala lanzada te den  
á mano que tanto es dura.

*Alej.* Cielos, cómo no turbaís  
esas centellas diurnas ?

Octavia muerta, y yo vivo ?

Segó la muerte caduca  
la mejor flor de la tierra,  
de los cielos la luz pura,  
la perla del mejor nacar,  
y el sol de la esfera suma.

Ya se eclipsó de mis ojos  
la viviente antorcha, en cuya  
sagrada llama, era Fenix  
esta vida ya difunta.

Ya no he de verte, beldad,  
con que los dioses se ilustran  
ya no he de gozar, Octavia,  
de tu divina cordura,  
de tus cariños constantes,  
de tu gravedad angusta,  
de tu beldad soberana,  
y peregrina hermosura.

Así, mi bien, te ausentaste ?  
Así, esposa, honesta y justa,  
dejaste, á quien idolatra  
la deidad que el cielo ilustra ?  
O rosa, que deshojada  
fuiste á la aurora purpúrea !

O dulce paloma alaca,  
que volando á las cerúleas  
compañías de fuego y nieve  
las llamas de amor apuras !  
Qué importa que me corone  
de imperio la llama rabia,  
ni que de mi nombre tiemblen  
las naciones mas adustas,  
si al alma le falta aquella  
que fue en la dorada cuna  
del sol el movil primero  
de mis potencias angustas ?  
Pero ya adivina el alma,  
por seguras congeturas,  
quien dió muerte á la Duquesa.

La razon de estado injusta  
me quitó mi amada esposa,  
porque casase con Julia.  
Tirana ley, este lazo,

esta amorosa coyunda  
rompió, á pesar de los dices,  
que las voluntades juntan.  
Irritado el Rey mi padre  
de la pretension mas justa,  
que vió el robador de Dafne,  
hizo á mi amor esta injuria.  
El consejo fue cruel,  
de Aristóteles, sin duda  
política, que fue siempre  
mina, que voraz anula  
con el fuego del estado,  
la ignorancia mas segura.  
Qué aguardo, que á la venganza,  
hidra ardiente de mi furia,  
no acudo, cuando me llama  
de aquella inocente justa  
la sangre! Piérdase Grecia,  
salga la Princesa Julia  
de Macedonia, y turbada  
esta máquina confusa,  
delire á ruinas su nombre,  
caduque á mortales furias  
este Imperio, y vierta el alma  
esta nociva cicuta,  
este fuego que me abrasa,  
zeloso ardor que trabuca  
las potencias racionales  
que los sentidos ilustran.  
A mi esposa dieron muerte,  
ya sus luceros no alumbran  
mi espíritu, ya apagaron  
aquellas antorchas puras  
de Diana: loco estoy!

*Tab.* Señor, ahora se usa.

*Alej.* Sabes tú quién le dió muerte  
á mi esposa?

*Tab.* Ya caduca.

Si señor, que la mataron  
porque te cases con Julia.

*Alej.* Quién la mató?

*Tab.* Quién? tu padre,  
por no ser negro: eso dudas?  
Pues tu maestro.

*Alej.* Ese fue  
el alma de aquella junta.

*Tab.* Es filósofo sin alma,  
que poros de ellos la usan.

*Alej.* Yo me abraso.

*Tab.* Yo me quemó.

*Alej.* Etna arrojó.

*Tab.* Yo furias.

*Alej.* Arda Grecia.

*Tab.* Arda Bayona.

*Alej.* Muera luego.

*Tab.* Lleven tunda.

*Alej.* Muera Aristóteles.

*Tab.* Muera,

por maestro de difuntas.

*Alej.* Aras haré al capitolio.

*Tab.* Serás un rompe columnas.

*Alej.* Ya por esta puerta, cielos!

que secretamente oculta,

al cuarto de la Duquesa

pasaba, queda difunta

de luz: por aquí solia

venir la aurora colura.

*Tab.* La palomita de Venus.

*Alej.* La deidad de la hermosura.

*Tab.* La corderita volando.

*Alej.* La castidad de la luna.

*Tab.* La pésome así, que llueve.

*Alej.* La magestad mas augusta.

*Tab.* El angel mas humanado.

*Alej.* Qué horror! Qué pesar!

*Tab.* Qué angustia!

*Alej.* Qué muerte!

*Tab.* Qué disparate!

*Alej.* Qué crueldad!

*Tab.* Y qué locura!

*Alej.* Memorias, matadme luego.

*Tab.* Volvióle otra vez la furia.

Señor, mira que te matas,

y que no hay en Grecia un cura

por un ojo de la cara.

Médicos hay que te curan,

y que por darles el pulso,

te daban la sepultura.

*Alej.* Di á la guarda, que ninguno  
entre á verme.

*Tab.* Ya se enluta.

*Alej.* Sacaluces.

*Tab.* Aquí están.

*Pónense luces, bufete, recado de escribir,  
y vase Tabaco.*

*Alej.* Vete luego.

*Tab.* Voime á obscuras.

*Alej.* A mis capitanes quiero

escribir, que mis soldados

en Sipra estén alojados:

vengar este agravio espero.

Los cómplices, atrevidos

castigaré, de tal suerte,

que sea espanto su muerte

de los Griegos, y los Gidos,

pues malogró mi esperanza

su rigor para pagar

esta llama singutar,

sea incendio la venganza.

Así quiero escribir

á Cesar, y á Octaviano:

vaya lineando mi mano

los renglones del vivir.

*Pónese á escribir, y salen por una puerta Octavia, y un Alcaide.*

*Oct.* Alcaide, vuestra lealtad, en riesgo tan conocido, sabrá premiar Alejandro.

*Alc.* El Emperador Filipo, como os he dicho, ordenó, (que fue riguroso arbitrio) que corriera la palabra desde Macedonia á Egipto, de que erais muerta.

*Oct.* Ya sé lo que os debo, Federico: hablar pretendo á Alejandro, para que sepa que vivo en virtud de sus finezas, luego volveré al castillo, para asegurar el ordea que teneis.

*Alc.* Mi vida fio de vuestra grandeza.

*Oct.* Yo por esta parte he venido, porque de mi cuarto tengo las llaves: cielos, qué miro! escribiendo está Alejandro.

*Alej.* Parece que siento ruidos: quién es?

*Oct.* Mi bien, Alejandro?

*Alej.* Es ilusion del sentido? es Octavia?

*Oct.* Sí, yo soy, que vengo desde el castillo, á donde he estado en prision, á decirte, esposo mio, que vivo, que el Rey tu padre con este engaño ha querido casarte con la Princesa.

*Alej.* Con el alma te recibo, esposa, mi bien: es sueño? Qué vives, dueño querido?

*Oct.* En virtud de que te adoro ha vivido mi albedrio.

*Alej.* hora venga la muerte.

*Oct.* Al Alcaide Federico se debe aquesta fineza.

*Alc.* Mi vida te sacrificio.

*Alej.* Premiaré vuestra lealtad, pues con valor habeis sido el iris desta tormenta.

*Alc.* P r vos es gloria el peligro.

*Oct.* Señor, vuestro padre airado, porque al Infante Camilo negué la mano de esposa, me envió presa al castillo

de Girona, donde es fuerza que vuelva con Federico, para asegurar al Rey.

*Alej.* Mi bien, lo que determino, pues permitieron los dioses, que mis ojos hayan visto el ídolo que venero, y la imagen por quien vivo, es disimular mi agravio, no darme por entendido de que vivís, alentar la pretension de Filipo mi padre, ganar á un tiempo los corazones avidos de mis fuertes capitanes, y el sacro laurel lavicto, que ha de coronar mi frente en los venideros siglos, dedicarle.

*Oct.* A quién? *Alej.* A vos, adorado dueño mio.

*Oct.* Bien debeis á mis finezas ese afecto peregrino; y porque pueda venir el Emperador Filipo, vuestro padre á visitaros, quiero volver al castillo, que yo volveré, Señor, con este secreto mismo á veros, y á consultar el remedio mas preciso.

*Alej.* Aunque sé que ha de costarme este fogoso retiro, el disgusto, que procede de vuestro agravio y el mio; antepongo vuestro honor á gusto de los cariños, que entre dos amantes logra la fe de un casto designio.

*Oct.* En vano se causa el Rey pretender á un albedrio, que es prisionero de amor, pues vos le teneis cautivo.

*Alej.* Si se transforma quien ama en el sugeto querido, yo vivo sin libertad, pues muero de lo que vivo.

*Oct.* Si viniere la Princesa, advertid, dueño querido, que si nació para amaros, yo nací para servirlos.

*Alej.* Vos dudais de mi firmeza, sabiendo lo que os estimo?

*Oct.* Como nací desgraciada, sin dicha mi estrella sigo.

*Alej.* Si Alejandro es vuestro esposo,

qué teméis ?

*Oct.* Nació de Egipto  
Princesa Julia, Señor,  
yo Duquesa de Utelino.  
*Llorando.*

*Alej.* Lloras, mi bien ?

*Oct.* No señor.

*Alej.* Con suspiros el sol mismo ?  
con lágrimas la aurora ?  
Advertid.

*Oct.* Nunca habeis visto  
cuando arrauzan un clavel  
del tronco donde ha nacido,  
que al gemir la verde rama,  
y al dar el postrer suspiro,  
enseña de que lo siente,  
del alba arroja el rocío ?  
pues así mi corazón,  
viendo que sus enemigos  
le quieren sacar del pecho  
el alma con que ha vivido,  
de lo interior de los ojos  
arroja aqúeste rocío,  
cuyo elevado elemento  
es á fuerza de suspiros,  
aljofar que le desata  
del clavel de su cariño.

*Alc.* Aristóteles, Señor,  
viene aquí.

*Oct.* Lo que os suplico,  
que no olvideis mis finezas.

*Alej.* De ellas pende mi albedrío.

*Oct.* Pues en esa confianza.

*Alej.* Será mi amor peregrino,

*Oct.* Será mi afecto dichoso.

*Alej.* Admiración de los siglos.

*Oct.* De los amantes egemplo.

*Alej.* De los laureles prodigio.

*Oct.* Para que publique Grecia.

*Alej.* Desde Macedonia al Nilo.

*Oct.* Qué solo á Alejandro adoro. *vase.*

*Alej.* Yo á la Duquesa Utelino.

Aristóteles ha sido  
quien dió este consejo al Rey,

política, cuya ley  
ha fulminado el válido.

Aristóteles ?

*Sale Aristóteles.*

*Arist.* Señor ?

(Aquí importa la prudencia.)

*Alej.* Valeos de vuestra ciencia  
contra mi justo dolor.

*Arist.* No hay ciencia contra el poder,  
que se ciega con razon  
de una amorosa pasión.

*Alej.* Yo he llegado á conocer,

que vuestra ciencia me agravia.

*Arist.* A vos no os puede agraviar  
la deidad mas singular.

*Alej.* Vos disteis la muerte á Octavia.

*Arist.* Yo, gran Señor ?

*Alej.* Si.

*Arist.* Mirad,  
que soy del honor espejo.

*Alej.* El Rey, por vuestro consejo,  
(esta es segura verdad)  
á Octavia puso en prision,  
y por materia de estado,  
dejó su sol eclipsado;  
pero sabrá mi pasión,  
de aquella deidad sagrada,  
rayo de mejor oriente,  
vengar la sangre inocente  
con los filos de mi espada.

*Arist.* No habreis, Señor, conocido  
al hombre que os ha criado.

*Alej.* Del Rey estoy agraviado,  
y de vos muy mal servido.

*Arist.* Yo nunca puedo servir  
mal, si me ajusto á la ley,  
porque quien sirve á su Rey  
es lealtad hasta morir:  
de mí la obediencia aprende  
á servir al superior.

*Alej.* No es de buen maestro de honor  
el que al discípulo ofende.

*Arist.* Mi consejo nunca dió  
aliento á la tiranía,  
que el vapor se opone al dia,  
pero nunca le eclipsó.

*Alej.* Vuestro consejo fue ley  
del estado, y no fue sabia,  
pues le dió la muerte á Octavia.

*Arist.* Yo solo sirvo á mi Rey.

*Alej.* Luego ya habeis confesado,  
que fuisteis el movedor  
de este criminal error ?

*Arist.* Yo sirvo como criado.

*Alej.* Luego aquel sol inocente  
no murió con pena igual  
de su muerte natural ?

*Arist.* Murió de humano accidente.

*Alej.* Los consejos interiores,  
aunque tan secretos fueron,  
los cielos los descubrieron,  
no trato de los traidores,  
que yo sabré conocerlos,  
y los sabré castigar.

*Arist.* No ocupo yo ese lugar.

*Alej.* Pues vos sois uno de ellos.

*Arist.* Yo traidor ? Mi fe condeno,  
si á ese título la igualo.

que nunca un maestro malo.  
sacó discípulo bueno.  
Si ciencia entre los dos,  
como padre repartí,  
llamándome traidor á mí  
es agraviaros á vos.  
Por clases tan inhumanas  
no pasó mi mocedad,  
porque de estudiar lealtad  
me salieron estas canas.  
Yo traidor? Pesar de mí!  
O, enseñé la lición  
alguna vez con traición,  
cuando verdades leí?  
Discípulo sin pedad  
os halla mi pensamiento,  
pues dándoos entendimiento,  
me negais la voluntad.  
Yo traidor? No viva, no,  
esta ceduca ruina,  
que pues murió mi doctrina,  
es justo que muera yo.  
Si en el honor me tocáis,  
la vida os quede decir,  
que si os enseñé á vivir,  
vos á morir la enseñáis:  
y pues con desprecio hallo  
el honor en que me fundo,  
conquistad, Señor, el mundo,  
pues yo trato de dejallo:  
que mas reinos, por igual,  
os tengo yo grangeado,  
adquirido, y conquistado  
con el valor racional,  
que cuantos en el abismo  
de la ambición puede haber,  
pues os enseñé á vencer,  
como sabéis, á vos mismo.  
Y así, maestro de honor  
puede buscar el estado,  
porque no esté acompañado  
un Príncipe de un traidor.

*Hace que se va.*

*Alej.* Aristóteles, oid,  
no os vais, que tengo que hablaros.

*Arist.* Qué es lo que me mandáis?

*Alej.* Llegad  
y dadme luego los brazos,  
por maestro, y por amigo.

*Arist.* En ellos os he criado,  
pero brazos desleales  
no son de un Príncipe.

*Alej.* Vamos  
á lo que importa, que yo  
os estimo como sabio,  
y como tal, un consejo

os ha de pedir, notando,  
que mis palabras son leyes  
de mi valor soberano;  
y porque veais que tengo  
de vos justa queja, al caso  
hemos de ir, porque consiste  
en él la vida de entrambos.  
La nueva que me trajisteis,  
cuando yo llegué á palacio,  
de haber muerto la Duquesa,  
no es cierta, porque fue engaño  
de mi padre, presumiendo,  
con este pretexto falso,  
que yo casase con Julia;  
en todo no he de culparos,  
que las órdenes del Rey  
obedecen los vasallos.  
Ocravia ha venido á verme,  
que Federico, obligado  
de su grandeza, le dijo  
el secreto: yo he notado,  
que se ha de perder el reino  
si á Ocravia le doy la mano  
de esposo, porque con Julia  
no ha de casar Alejandro.  
Ya os descubrí mi secreto,  
y pues de vos me he fiado,  
ordenado de manera,  
que queden asegurados  
los tres Imperios de Grecia,  
sin guerra aquestos estados,  
Julia sin la pretension,  
mi padre desenojado,  
la Duquesa sin peligro,  
y yo con ella casado.

*Arist.* El sabe todo el secreto: *ap.*

si Jupiter soberano  
no pone su diestra aquí,  
Troya ha de ser el palacio,  
y el mundo; y así conviene  
luego al punto remediario.  
Señor, vuestro padre viene,  
luego hablaremos de espacio,  
porque tan grave materia,  
pide consejo muy sabio.  
Yo lo dispondré de modo,  
(asegurando el estado,  
y cumpliendo con las leyes  
de maestro y de vasallo),  
que logreis vuestro deseo.

*Alej.* Mi honor pongo en vuestra mano.

*Arist.* Vos concereis, Señor,  
en lance tan apretado,  
que Aristóteles ha sido  
el Maestro de Alejandro.

*Vanse, y salen el Rey, y el Infante.*



*Rey.* Infante, siempre las leyes de mas antiguo blason, fueron con obligacion las palabras de los Reyes: Octavia vive, y será vuestra esposa con efecto, y entre los dos el secreto debida esfera tendrá.

*Inf.* Ya sé, Señor, el intento, y el secreto guardaré, para que logre mi fe tan felice casamiento.

*Rey.* A los Grandes he llamado para que juren primero por legitimo heredero al Príncipe: ajustado este decreto, despues casará con la Princesa.

*Inf.* Con tan grande arbitrio, cesa el militar interés, que amenazaba, Señor, este Imperio; y yo consigo, siendo Alejandro mi amigo, el mas digno favor; pues siendo Octavia mi esposa, en mí un esclavo tendréis.

*Rey.* Vos, Infante, mereceis gozar la Duquesa hermosa, pues con este casamiento, y el de Alejandro, consigo el triunfo del enemigo Sirico, que con violento escuadron pretende entrar por vuestro reino.

*Inf.* Señor, solo con vuestro valor me pudiera yo alentar.

*Rey.* Vamos, para prevenir, que esta noche el Parlamento dé al Príncipe el juramento.

*Inf.* En todo os he de servir.

*Vase, y salen la Princesa, y Tabaco.*

*Princ.* Tabaco?

*Tab.* Señora? Aquí (cabe Dios lo que me pesa) di en manos de la Princesa.

*Princ.* Fuiste á la guerra?

*Tab.* Sí fui?

buenos es eso: en Montezumo maté siete mil de un tajo.

*Princ.* Y de qué suerte, Tabaco?

*Tab.* Días tabaco de humo.

*Princ.* Dime, el Príncipe?

*Tab.* De espacio.

*Princ.* No te tuvo por tercero de Octavia?

*Tab.* No, que primero tuvo su cuarto en palacio.

*Princ.* No eres tú del nuevo empleo quien los papeles llevabas?

*Tab.* Sí señora, yo le echaba las cartas en el correo.

*Princ.* De ti Octavia se fiaba cuando la carta escribía?

*Tab.* La noche que yo venia, siempre la hacia ceriada.

*Princ.* Siatú su infelice suerte?

*Tab.* Algo tiene de homicida.

*Princ.* Hace extremos por su vida?

*Tab.* Por su vida y por su muerte.

*Princ.* Quiéreme?

*Tab.* A mas no poder.

*Princ.* Adora su muerte estrella?

*Tab.* No está tan ciego por ella,

que á ti no te puede ver:

y es tanto lo que prefiere,

despues que Octavia murió,

tu persona, que sé yo,

que en mirándote se muere.

Ayer me dijo en la mesa,

pues sin Octavia me quedo,

desde ahora, amigo, puedo

ver de espacio á la Princesa:

y desta razon se infiere,

pues ya se muere por verte,

de que no puede quererte

mas de aquello que te quiere.

*Princ.* Qué dices?

*Tab.* Lo que has oido,

y lo que yo he reservado

es propio para callado,

y mejor para reido.

*Princ.* Pues antes que jure el reino

por Príncipe poderoso

á Alejandro, y á su lado

me vea en el sacro solio,

le he de escribir un papel,

porque si ha de ser mi esposo,

me responda libremente

su sentimiento, que es propio

de quien escribe, decir

su pasion: ya el negro adorno

de la noche eclipsa el dia,

trae luz, y espaca solo

en aquesta galeria.

*Pone luces, y siéntase á escribir, vase*

*Tabaco.*

*Tab.* Aquí la luz acomodado.

*Princ.* Empleo á escribir.

*Tab.* Y yo

me retiro poco á poco.

*Al paño Octavia.*

*Oct.* Del castillo vengo; y todo el palacio anda revuelto por estar el Rey con otros Príncipes, no pude entrar por mi cuarto, y es forzoso por el de Julia. Qué veo! Aquí el peligro es notorio: el Rey viene, obre el ingenio, pasemos de aqueste modo delante de mi enemiga.

*Pasa delante de Julia muy severa, y se admira.*

*Princ.* Válgame el cielo! Qué asombro! Qué horror! Octavia no es esta? Sin duda del sacro trono de los dioses ha bajado. Duquesa, yo dudo como el Rey, Alejandro, el cielo, Federico, Arueto, Astolfo.

*Salen el Rey, y todos.*

*Rey.* Princesa Julia, qué es esto?

*Princ.* Señor, con severo rostro, la difunta Octavia, ahora fue relámpago á mis ojos: yo vi á la Duquesa.

*Rey.* A quién?

*Princ.* A Octavia, que dando asombro con los rayos de su ira, la exhalacion de su enojo á la noche.

*Rey.* Qué decís?

*Alej.* Orden traigo para todo de Aristóteles. Princesa, ese fue engaño notorio: la imaginacion ofrece semejantes alborotos al ánimo.

*Inf.* Así es verdad; porque representa á todas las mas vecinas especies, y así produce estos monstruos, visibles en lo aparente.

*Rey.* Sotegaos, que vuestro esposo es Alejandro, no prive esa vision, ese asombro en vuestro ánimo constante.

*Alej.* Por mi dueño os reconozco; y para que al alba sea nuestro noble desposorio, á jurar vienen los grandes este lazo misterioso: sosaos.

*Princ.* Vela habeis dado, ó Principe generoso, con estas nobles palabras, á mi corazon heroico.

*Sale Aristóteles.*

*Arist.* Octavia vino, Señor, ya está todo prevenido.

*Rey.* Dése principio á la fiesta.

*Arist.* Las damas con alborozo, por principio de alegría, antes que el lazo amoroso logre el debido trofeo, representan en el trono de Jupiter, pues que bajan fingidas diosas al solio, una comedia festiva, y despues de ella, con adorno, y magestad, jurarán por Príncipes poderosos á Alejandro, y la Princesa, cuyo regio capitolio es, Señor, el que la vista infunde respeto y gozo.

*Rey.* Empiécese la comedia.

*Arist.* Los instrumentos sonoros suspendan con su armonia los mas elevados coros.

*Dama 1.* Quien vive de lo que adora, ninfas sagradas del mar, poco tiene de infelice, mucho goza de deidad.

*Dama 2.* Felicidad y hermosura tarde se suelen juntar, que el sol de la dicha tiene por norte la vanidad.

*Por los dos lados de el tablado vengán dos damas con dos apartencias, ó aracelis, cantando hasta el tablado.*

1. Diosa del Parnaso, al solio de la Princesa bajad, vereis en dulce Himeneo la Diana que adorais.

2. El bello clarin de pluma, turbado del cielo ya, con voz sonora salude la délfica magestad.

1. Diosa de Jupiter sacro, Aurora, y casto lucero, bajad á dar luz á la tierra, goce la tierra del cielo.

*En acabando esta música, baja Octavia en una nube ó trono al tablado.*

*Rey.* No es Octavia la que miro!

*Inf.* Octavia no es esta, cielos!

*Princ.* No fue vana mi ilusion.

La Duquesa.

*Oct.* Deteneos

Sacro Emperador Filipo,

Príncipes de Grecia excelentes,

Octavia soy, que he bajado  
de los palacios etereos,  
por mandado de los dioses,  
á darle la mano luego  
de esposa al Príncipe.

*Alej.* Lo que ordenaron  
los dioses obedecemos  
los Príncipes, y en el solie  
nes jurará todo el reino  
por Príncipes soberanos.

*Rey.* Alejandro, qué es aquesto?

*Alej.* Obedecer de los dioses  
el divino mandamiento.

*Rey.* A mi grandeza este agravio?

*Arist.* Gran Señor, lo que los cielos  
ordenaron, fuerza humana  
no se opone á su decreto.  
El Príncipe, gran Señor,  
tiene las fuerzas del reino,  
Octavia de la prision  
vino á verte con secreto:  
yo como muy fiel vasallo,

porque estos nobles Imperios  
con guerra no se abrasasen,  
dí al Príncipe este consejo.  
La palabra que habeis dado  
al Infante.

*Inf.* No la acepto,  
supuesto que adora Octavia  
al Príncipe: y desde luego  
suplico al Emperador  
confirme elazo tan regio.

*Rey.* Mi palabra ha de cumplirse,  
dándole la mano luego  
el Infante á la Princesa:  
llevando en dote el Imperio  
de Siria. *Princ.* Yo lo confirmo,  
pues lo ordenaron los cielos.

*Alej.* Y yo, y Octavia, Señor,  
por favores tan supremos  
besamos tus pies reales.

*Tab.* Porque demos fin con esto  
al Maestro de Alejandro,  
perdonando nuestros yerros.

F I N.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1825.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, núm. 64, junto al Mercado igualmente un gran surtido de retacería, estampas pintadas y negras, comedias, sainetes y unipersonales.